La Perseverancia
BARRIO OBRERO DE BOGOTÁ

La Perseverancia
BARRIO OBRERO DE BOGOTÁ

Liliana Ruiz Gutiérrez
Esteban Cruz Niño

Tu historia cuenta

Agradecimientos

A los habitantes del Barrio La Perseverancia por su acogida y por participar en este ejercicio ciudadano de recuperación de la memoria y la identidad:

Jorge Hernández Sánchez, Mario Fernando Malaver, Víctor Abella, Filomena Hernández, José Roa, Luís García, Leonor Rodríguez, Jorge Valdez Garzón, Isabel Acevedo, Eduardo López López, Salvador Guayacán, Olga Lucia Ortiz, Blanca Ávila Castillo, Gregorio Rodríguez, Benavides Reyes, Rosa Murcia Ruiz, José Antonio García, Maria Carolina Vásquez, Rosa Ángela Sierra, Héctor Horacio Escobar, Álvaro Pérez (Frijolito), Carlos Julio Sierra, Efraín Martínez Díaz, Silvina Espitia, Ana Soledad Vega, Vicente Murillo, Miguel Abelardo Melo, Tulia Álvarez, Eliseo Suárez, Teresa Rosa de Palacios, José Valdés, Juan Francisco Segura, Víctor Casallas, Luisa Mila, Ruth Bernal Nieto, Lilia Ramírez, José Vicente Jiménez Méndez, Asunción Bernal

A las y los Guías Ciudadanos coinvestigadores, por su compromiso y dedicación para con el Proyecto "Tu Historia Cuenta":

Liliana Velandia, Javier Aguilera, Alicia Millán, Carlos Londoño, Jesús Mendoza, Diego Villamil, Pedro Antonio Rico, María Alcira Sepúlveda, Favio Aníbal Lozano, Nini Johana Sanabria, Luz Marina Campo, Sandro Alier Muñoz, Lucero Morato, Cecilia Naranjo, Yoana Gómez, Armando Roncancio

Luis Eduardo Garzón
Alcalde Mayor de Bogotá, D.C

Rosario Calle Bernal
Coordinadora General Proyecto Misión Bogotá
Instituto para la Economía Social

Gabriel Pardo García-Peña
Gerente IDPC, Instituto Distrital de Patrimonio Cultural

German Mejia Pavony
Director Archivo de Bogotá

© La Perseverancia: barrio obrero de Bogotá
Proyecto Tu Historia Cuenta
Historia de los barrios de Bogotá
Proyecto Misión Bogotá
Instituto Distrital de Patrimonio Cultural
Archivo de Bogotá

© Liliana Ruiz Gutiérrez
Esteban Cruz Niño
Primera edición, Bogotá 2007

Liliana Ruiz Gutiérrez
Esteban Cruz Niño
Gestores
Convenio Misión Bogotá -IDPC, Instituto Distrital de Patrimonio Cultural
Investigación

Bernardo Vasco
Fabio A. López
Edición y coordinación editorial Archivo de Bogotá

Laura Zapata Barrera
Edición
Coordinadora Equipo de Comunicaciones Proyecto Misión Bogotá

Bernardo González González
Diagramación y armada electrónica

Fotografía de portada
Esteban Cruz Niño

Diseño de portada
Sandra Barbón

ISBN: 978-958-98352-4-1

Secretaría General
Unidad Imprenta Distrital
Impresión

Impreso en Colombia

Con el apoyo de:

Secretaría General

Secretaría de Cultura, Recreación y Deporte

Instituto Distrital de Patrimonio Cultural

Instituto para la Economía Social

Archivo de Bogotá

Proyecto Misión Bogotá

Contenido

Presentación 11

Introducción 13

I PARTE
El surgimiento de un barrio obrero en Bogotá 17
Generalidades y contextos relacionados
con la construcción del barrio La Perseverancia

II PARTE
Apuntes sobre La Perseverancia 22
- Generalidades
- Las construcciones
- Plaza de mercado
- Empedrado de calles
- El trazado urbano
- La iglesia
- Festividades religiosas
- El cinturón rojo
- Tradiciones y costumbres
- Empleo
- La modernidad
- El festival de la chicha

III PARTE
Habitando "La Perse": Historias de barrio 32

IV PARTE
Entre chichas y dichas 41
La construcción de identidades e imaginarios
en el barrio La Perseverancia de Bogotá
a través de la memoria histórica de sus habitantes

Presentación

Para la Alcaldía Mayor de Bogotá y para el Instituto Distrital de Patrimonio Cultural, es un privilegio presentar esta publicación donde se sintetiza la visión de la ciudad recogida a partir del trabajo conjunto de guías ciudadanos de Misión Bogotá y ciudadanos del común que prestan sus recuerdos para esta publicación.

El trabajo laborioso, puerta a puerta, que recopila las historias pequeñas, mínimas, aparentemente sin trascendencia, pero que unidas todas en el tejido de la vida cotidiana, nos permiten reconstruir una forma de mirar la ciudad que se constituye en un valioso patrimonio para los bogotanos.

Este ejercicio democrático de involucrar personas que, como los guías ciudadanos de Misión Bogotá, no tienen una aproximación académica a temas culturales o patrimoniales permite una visión fresca y humana de los valores que nos identifican como ciudadanos. Así mismo, el valorar las historias y las anécdotas de bogotanos del común, nos aproxima a la historia de la ciudad de una manera novedosa y llena de complejidades que no son frecuentes en otros textos.

La recopilación del patrimonio oral de nuestra ciudad no hubiera sido posible sin el entusiasmo de la Coordinadora del Proyecto Misión Bogotá, María del Rosario Calle, y de su equipo de trabajo quienes, con una mirada social sobre la herencia de los bogotanos, nos han propuesto nuevas maneras de entender quiénes somos y cómo nos relacionamos con los otros. Así mismo, mi muy especial agradecimiento a Liliana Ruiz, gestora del Proyecto Misión Bogotá por todo su esfuerzo, dedicación y amor por el tema; a Esteban Cruz, también gestor de Misión Bogotá; y a Germán Mejía y Marcela Cuellar del Archivo de Bogotá quienes han creído en este proyecto dando a los guías de Misión Bogotá capacitación y apoyo.

Sin embargo, el reconocimiento más importante se lo debemos a los guías de Misión Bogotá y a los ciudadanos y ciudadanas que trabajaron en este proyecto realizando una aproximación al reconocimiento de los valores de su herencia, entendiéndose como bogotanos, reconociendo en las historias de los vecinos, de los viejos, de los niños los elementos que conforman su herencia y su identidad, y que nos vinculan a todos a través de las memorias compartidas con esta ciudad amable con sus visitantes, entrañable para sus habitantes y que busca ser una Bogotá sin indiferencia.

GABRIEL PARDO GARCÍA-PEÑA
Director Instituto Distrital
de Patrimonio Cultural -IDPC

Introducción
LAS HUELLAS DE LA MEMORIA

Algunas reflexiones de una Bogotá sin Indiferencia

Por: Rosario Calle Bernal
Coordinadora General Proyecto Misión Bogotá

El Proyecto "Tu historia cuenta" es una iniciativa de Misión Bogotá, el Instituto Distrital de Patrimonio Cultural y el Archivo de Bogotá, que busca rescatar la memoria oral y colectiva de las comunidades asentadas en sectores de interés cultural de la ciudad, promoviendo y fortaleciendo expresiones del patrimonio intangible que vincula a la población a través de su forma de vida y la construcción y preservación de su identidad.

Este ejercicio de reconstrucción de memoria colectiva e identidad es un camino más para conseguir esa Bogotá moderna pero también humana que inspira el accionar de la actual Administración. Por eso, a la par de intervenciones urbanísticas de gran envergadura proyectadas en la ciudad, nos hemos dado a la tarea de recoger en un documento las vivencias y la identidad de los habitantes de barrios de interés patrimonial de la ciudad. La modernización de Bogotá ha sido el signo distintivo de buena parte de las administraciones anteriores. Por eso, convertirla además en una ciudad humana es el reto de esta Administración y pasa por acercarnos a la gente desde ejercicios ciudadanos que privilegien la expresión y reconocimiento de la diversidad de sus habitantes[1]. En este orden de ideas, desde Misión Bogotá, IDPC y el Archivo de Bogotá, nos hemos empeñado en plasmar en el Proyecto "Tu Historia Cuenta", las huellas de este gobierno distrital –como las ha querido llamar el Alcalde Luis Eduardo Garzón–.

Durante meses, las y los guías ciudadanos del convenio Misión Bogotá- IDPC, capacitados por el Archivo Distrital en técnicas de abordaje de fuentes primarias, memoria y tradición oral, recorrieron casas, tiendas, barberías, plazas de mercado y lugares de encuentro de los barrios en busca del sentir de la gente. Palmo a palmo, escucharon con

[1] Crf. Plan de Desarrollo Económico, Social y de Obras Públicas 2004-2008. *Bogotá sin Indiferencia, un compromiso social contra la pobreza y la exclusión.*

atención la historia de abuelos y abuelas y escudriñaron en los recuerdos de sus gentes, con el fin de recuperar, a través de la palabra y la narración de sus habitantes, esa memoria colectiva que sólo transita por los caminos de la nostalgia.

Sabiendo de antemano que existen muchas maneras de observar y catalogar los procesos de recuperación de la identidad y la memoria colectiva[2], desde el Proyecto "Tu Historia Cuenta" nos hemos concentrado en las expresiones de la cultura que sirven para marcar y construir dicha identidad. Expresiones que le dan sentido al barrio -La Perseverancia en este caso-, que se manifiestan en las costumbres y prácticas de sus habitantes y que nos permiten veladamente conocer quiénes son, quiénes creen que son o quiénes quieren ser. Pero ¿desde dónde partir para intentar responder estas preguntas? La respuesta se acerca cada vez más a la memoria colectiva como constructora de identidad, como aglutinadora de la historia, como columna desde la cual se construye el presente compartido.

En resumidas cuentas, lo que en parte nos da y les da a los habitantes de la "Perse" una idea de quiénes son y dónde ubicarse en la ciudad son sus recuerdos, sean o no fieles a los sucesos reales. Lo importante es lo que se recuerda y para qué se recuerda. Por eso, desde el proyecto "Tu Historia Cuenta", lo importante es recoger la voz de los pobladores. En ese sentido, esperamos que ese sea el objetivo que anime al lector a conocer el presente documento. Es decir, palabras más palabras menos, de lo que se trata es de escucharnos.

Para el desarrollo de este proyecto se siguieron varias etapas. La primera fue la identificación de sectores que, por sus características culturales, arquitectónicas y comunitarias, entre otras, deberían ser intervenidos. A la fecha, el proyecto "Tu Historia Cuenta" se ha desarrollado en las localidades de Mártires, Candelaria y Santa Fe; sin embargo, conociendo el valor patrimonial de otros sectores de la ciudad, se proyecta intervenir los centros fundacionales (Bosa, Usme, Engativá, Fontibón, Suba y Usaquén) y otras zonas de conservación patrimonial.

Una segunda etapa consistió en la capacitación, por parte del Archivo Distrital, de un grupo de guías ciudadanos del convenio Misión Bogotá-IDPC en temas de memoria y tradición oral, técnicas de recolección de información y estudios etnográficos que cualificaran el trabajo de campo. La tercera etapa fue la recopilación bibliográfica de material documental relacionado con cada uno de los barrios por intervenir que le permi-

[2] La academia ha abordado de diferentes maneras el tema de la construcción de identidades colectivas. Desde los estudios de García-Canclini, Mafessoli y Martín Barbero de lo "popular" en el marco de la globalización y la intrusión cada vez mayor del capitalismo como trasgresor y reconfigurador de espacios e identidades, hasta el análisis sistemático de lo "popular" como constructor de la alteridad, la diferencia y la clase social que propone Raymon Williams y E.P. Thomson.

tiera a las y los guías ciudadanos tener herramientas en su proceso de abordaje a la comunidad. La cuarta y última etapa fue la visita de reconocimiento al sitio de estudio, con el objetivo de realizar un diagnóstico sobre los lugares de encuentro representativos para la comunidad.

A partir del desarrollo de estas etapas, se inició una serie de encuentros con personas representativas de cada uno de los barrios seleccionados[3], preferiblemente residentes o con conocimientos del sector, que pudieran contar su experiencia de habitar en la zona y que en sus relatos reflejaran alguno de los siguientes aspectos: hitos históricos, personajes, costumbres y tradiciones, gastronomía y transformaciones urbanas más importantes en el barrio, todas ellas categorías de análisis de gran relevancia a la hora de abordar la construcción de identidad y la recuperación de la memoria colectiva.

En el caso del barrio La Perseverancia, materia de estudio de la presente publicación, se tuvo en cuenta su importancia como primer barrio obrero de la ciudad, su fuerte participación comunitaria desde su aparición, su apoyo incondicional al líder político Jorge Eliécer Gaitán, su tradición en la elaboración de la bebida tradicional de la chicha y la promoción que anualmente se realiza del Festival de la Chicha y la Dicha.

El libro está dividido en cuatro partes. La primera, titulada "El surgimiento de un barrio obrero en Bogotá", presenta generalidades históricas y sociales del barrio con el fin de introducir al lector en la rica historia de este importante sector de la ciudad. En la segunda, "Apuntes sobre La Perseverancia", se narran características del barrio a partir de fuentes bibliográficas consultadas por las y los guías ciudadanos, como parte de su proceso preparatorio de abordaje a las comunidades. La tercera, "Habitando la Perse", cuenta la historia del barrio desde la tradición oral de sus habitantes, recolectada por las y los guías ciudadanos bajo la coordinación de la arquitecta Liliana Ruiz y el antropólogo Esteban Cruz Niño, quienes actualmente se desempeñan como Gestores del Proyecto Misión Bogotá. Con este fin, las y los guías ciudadanos entrevistaron a más de 40 habitantes del sector y participaron activamente en el *XII Festival Nacional e Internacional de la Chicha, el Maíz, la Vida y la Dicha* que se realizó en noviembre de 2006.

La cuarta y última parte, "Entre chichas y dichas", realiza un recorrido por la construcción simbólica y espacial del barrio, así como un análisis de las identidades colectivas y comunitarias que permiten actualmente consolidar expresiones populares que encuentran en el *Festival de la Chicha y la Dicha* un marco para su consolidación como patrimonio intangible de la ciudad.

[3] El Palacio y La Concordia (localidad La Candelaria); San Bernardo, Las Cruces, Voto Nacional, La Pepita, La Favorita y San Victorino (localidad Santa Fe); y barrio Santa Fe (localidad de los Mártires).

Así, cumpliendo al mismo tiempo la tarea de informar y orientar a la ciudadanía en el ejercicio de sus derechos y deberes, que es el alma del Proyecto Misión Bogotá, "Tu Historia Cuenta" no es otra cosa que un ejercicio de divulgación del patrimonio cultural desde las propias comunidades, desde su vida cotidiana y desde la manera como se apropian de dicho patrimonio, comprendiendo que los hechos que construyen ciudad, construyen igualmente identidad y sentido de pertenencia, dinámicas que aportan a la convivencia y a la construcción de una ciudad más igualitaria.

En este proyecto nos inspira el ejercicio del derecho a la ciudad, ese derecho complejo que asume la ciudad como una realidad sociocultural diversa determinada por la construcción de identidades individuales y colectivas, por el intercambio cultural, por la resignificación de los espacios públicos, por la posibilidad de ejercer una ciudadanía plena y por la capacidad de las y los ciudadanos de construir proyectos comunes desde el encuentro, la diversidad y el intercambio comunicativo. Nos inspira ese derecho que nos dice que es posible –y necesario- tener derecho a construir y hacer ciudad[4].

Esta es, pues, una muestra más del camino que hemos recorrido desde Misión Bogotá, en alianza con otras instituciones, para construir solidaria y colectivamente esta propuesta de intervención en la ciudad que ha demostrado y seguirá demostrando que es posible hacer realidad una Bogotá sin Indiferencia

[4] Cfr. BORJA, Jordi. *La ciudad como derecho*. En: Caja de Herramientas, No. 100, Bogotá, junio de 2004.

I Parte
EL SURGIMIENTO DE UN BARRIO OBRERO EN BOGOTÁ

Generalidades y contextos relacionados con la construcción del barrio La Perseverancia

Por: Liliana Ruiz Gutiérrez*

Con la llegada del siglo XX, Bogotá comenzó a mostrar una gran transformación. De una población que no superaba los 20.000 habitantes en 1810, pasó a 100.000 habitantes en 1910, con un crecimiento marcado en la última década del siglo XIX debido al éxodo campesino producto de los fuertes enfrentamientos en las zonas rurales como consecuencia de la Guerra de los Mil Días.

Con este crecimiento, Bogotá se convierte en una fuente de empleo para todo aquel que llegara a la ciudad y empiezan a darse muestras de los adelantos industriales que surgen con la modernidad. A principios del siglo XX, en 1905, llega la energía eléctrica, motor de la industrialización que recién comenzaba a desarrollarse en la ciudad. Ya desde finales del siglo XIX existían algunas fábricas, entre ellas, Chocolates Chávez y Equitativa, la fábrica de Loza Faenza, la fábrica de Cementos Samper, la fábrica de Vidrios Fenicia, y las fábricas de cerveza Germania y Bavaria, entre otras, que generaban empleo y nuevos productos para la ciudad.

Para la celebración de los Cien Años de Independencia se organizó la Exposición del Centenario en el nuevo espacio público del Parque de la Independencia, con una serie de pabellones que mostraron a los ciudadanos los avances tecnológicos que llegaban a Bogotá, como el pabellón de la Industria, de las Máquinas, de Bellas Artes, Egipcio y los Quioscos de la Luz, Japonés y de la Música.

* Arquitecta egresada de la Universidad de la Salle, Bogotá. Maestra en Patología y Restauración Arquitectónica de la Universidad de la Coruña. Ha realizado diferentes intervenciones tendientes a conservar el patrimonio histórico y cultural en sectores de interés cultural en desarrollo de actividades comunitarias y procesos de recuperación de espacios públicos y rehabilitación de fachadas, recuperación de la tradición y la historia oral. Actualmente trabaja como Gestora del convenio Misión Bogotá-IDPC de la Alcaldía Mayor de Bogotá.

A la par con el desarrollo industrial empiezan a aparecer sectores de vivienda obrera cerca de las zonas industriales, ubicadas en la periferia del centro de la ciudad. Así, muchas de las familias obreras se ubicaron en sectores como Belén, San Cristóbal y Egipto. Sin embargo, estas zonas no fueron delimitadas como viviendas obreras propiamente dichas, sino como sectores donde prevalecía este tipo de población. En la mayoría de estas zonas, principalmente sobre el Paseo Bolívar, al oriente de la ciudad, no existió ninguna planificación sobre la manera de distribución de las viviendas. Muchas fueron construidas en adobe con cubiertas en paja, sin ningún tipo de servicio público complementario, situación que generó grandes problemas de hacinamiento y focos de infección, como se reflejó en la epidemia de gripa que vivió la ciudad en 1918.

Surgen, entonces, las ideas de higienización de la ciudad. De acuerdo con las descripciones hechas por el ingeniero Alfredo Ortega Díaz, *"el lado sur de Bogotá, cerca del río San Cristóbal, es el sitio más conveniente para las obras de los barrios obreros, pues está expuesta a los vientos, se puede controlar este punto por medio de la localización detrás de una colina o creando una barrera de árboles; otro punto positivo es que en este sector se localizan varias fábricas de loza, algunos tejares, y existe una línea de tranvías. Igualmente, existe una breve descripción sobre el emplazamiento de las viviendas: Se propone construir tres clases de habitaciones: una para una sola persona con dormitorio y una sala de trabajo, un solar y un baño. Una para tres personas, con cuatro piezas: sala de trabajo, dos dormitorios y una cocina, solar y baño; y finalmente una para cinco personas, que tiene por lo menos tres dormitorios, una sala, una cocina, un solar y su baño[5]".*

Sin embargo, estas ideas no fueron tenidas en cuenta por la Administración de ese entonces, sino, con excepciones, por empresas privadas. Este es el caso de Leo Koop quien, a la par con la construcción de la fábrica de Cerveza Bavaria, participó en el desarrollo del barrio obrero de La Perseverancia, el primero en su género en la ciudad.

"A finales del siglo XIX, el señor Francisco Noguera había adquirido unos terrenos mediante compra hecha a don Eugenio González Benito, quien dos meses después vende sus recién adquiridos terrenos a la Sociedad Fergusson Noguera y Compañía. Paulatinamente, la importante Sociedad, fue vendiendo globos de terreno a distintos compradores. La sucesión de ventas se desarrolló así:

1. *A Leo Koop, el 22 de junio de 1894, 200 varas cuadradas*
2. *A la Compañía de Acueducto de Bogotá, el 29 de noviembre de 1894, 400 m^2 y el 19 de mayo de 1896, 162.75 m^2*
3. *A Ramón Zornosa, el 31 de julio de 1895, 125.5 m^2*

[5] ESCOBAR, Alberto; MARIÑO, Margarita; y PEÑA, César. *Atlas Histórico de Bogotá, 1538-1910*. Corporación La Candelaria, 2004. Pág. 502

4. *A Daniel y Froilán Vega, el 16 de octubre de 1896, lo que restaba del terreno inicial, denominado Alto de San Diego o el Rosario, incluyéndose el horno construido en él (conocido como el Buitrón). También hizo parte de la venta las casas, las mejoras, la maquinaria, vehículos, semovientes, herramientas, útiles y todos los demás enseres existentes dentro del globo de tierra, ubicado en lo que por ese entonces era el barrio las Nieves. La venta se llevó a cabo por la suma de $40.000, para ser cancelados en cuatro contados anuales de $10.000[6]".*

Vista general Fábrica de Cerveza Bavaria a principios del siglo XX.

Con la aparición de la fábrica de cerveza Bavaria muchos de los habitantes de los barrios Egipto y Belén, principalmente, llegaron a los Altos de San Diego con el objetivo de construir un nuevo barrio que, con el tiempo, tomaría el nombre de La Perseverancia. Poco a poco sus habitantes, la mayoría trabajadores directos de Bavaria y otros indirectos -quienes se dedicaban a la fabricación de capachos para proteger las botellas-, fueron construyendo el barrio con la ayuda de Koop, quien descontaba de los salarios de los trabajadores para la compra de los lotes.

Por estar ubicado en el oriente de la ciudad y por la cercanía a sectores como el Buitrón, en el barrio se facilitó la consecución de adobe para la construcción. De esta manera, se fueron levantando casas, principalmente de un piso, en lotes que tenían una extensión de 4.30 metros de frente por 8 metros de fondo, más o menos. Debido al área total del barrio de 10 fanegadas, por disposición municipal le correspondió un espacio libre o plaza de 10.000 metros cuadrados que se inauguró el 1 de mayo de 1914 con el nombre de Plaza del Trabajo y en cuyo centro se colocó la primera piedra del Monumento al Trabajo.

La consolidación del barrio como zona construida tardó muchos años debido a que cada uno de los predios se levantó por autoconstrucción y en diferentes etapas. Inicialmente, muchos de los lotes se destinaron como huertas para sembrar maíz, papa y hortalizas, mientras sus dueños conseguían el dinero para comprar los materiales de construcción. Luego de construidas las viviendas, comenzó la lucha por conseguir los servicios públicos pues, a pesar de que buena parte de Bogotá contaba con acueducto, alcantarillado y luz eléctrica, en La Perseverancia eran lujos que se conocían en la

[6] ASOCIACIÓN COMUNITARIA LOS VIKINGOS. *La Perseverancia, un barrio con historia: Esculpiendo la greda*. Bogotá, 1988. Pág. 12.

distancia. Los habitantes se surtían de agua en el Chorro de Padilla o el Río Arzobispo. Incluso, esta situación conllevó a que se construyeran dos pilas de agua, una en la carrera 7 con calle 31 y otra en el lugar que hoy en día ocupa la iglesia. Sin fluido eléctrico, las comunidades utilizaban velas de cebo y estufas de carbón o leña construidas con ladrillos producidos en la zona. A diario, muchos de los niños del barrio se dedicaban a recoger leña de los cerros orientales.

A falta de calles pavimentadas, los vecinos se decidieron por empedrar entre todos las calles. Así, diariamente tomaban los caminos de herradura hasta diferentes puntos del río Arzobispo de donde extraían piedras para llevar al barrio. Poco a poco el espacio urbano se fue transformando en una zona más cómoda para transitar. Sin embargo, como no existía alcantarillado, en la construcción del empedrado se dejó un pequeño canal en el centro de la vía para permitir el flujo del agua hasta la parte occidental de la ciudad.

Poco a poco, y con la virtud de sus habitantes que heredó el nombre del barrio, La Perseverancia se fue consolidando. A la fecha, el barrio aún es habitado en gran parte por descendientes de los "bavariunos", como ellos mismos denominan a las personas que trabajaron en la fábrica de cerveza Bavaria y que participaron en la construcción del barrio La Perseverancia. Muchos de ellos mantienen tradiciones centenarias, como la fabricación de la chicha, que no cedió a pesar de los enfrentamientos con el gobierno por prohibirla. Hoy esta bebida tradicional cada vez toma más fuerza e identifica a la comunidad de "la Perse".

Paradójicamente, el rápido crecimiento de la ciudad fue consolidando la dinámica barrial en este sector de Bogotá. Hoy, La Perseverancia parece aislado del centro de la ciudad. Se mantiene la vida de barrio, los vecinos se conocen entre sí y se conservan muchos elementos que crean y refuerzan lazos comunitarios.

Sin embargo, muchos de los predios construidos por los "bavariunos" ya no existen; otros, han sido ampliados o modificados según las necesidades de los nuevos habitantes -o según la moda-. Cada vez son menos las casas de adobe, que están dando paso a construcciones "de material", como se denomina popularmente a las construcciones en bloque y estructura en concreto. Sin embargo, el trazado urbano, el parque, la iglesia y cada una de sus calles guardan una historia que convierte al barrio La Perseverancia en un patrimonio para la ciudad.

BIBLIOGRAFÍA

ALAPE, Arturo. *El Bogotazo: Memorias del olvido*. Editorial Planeta. Bogotá, 1983.

ARANGO, Silvia. *Historia de la Arquitectura en Colombia*. Bogotá. Centro Editorial y Facultad de Artes. Universidad Nacional de Colombia. 1991.

ASOCIACIÓN COMUNITARIA LOS VIKINGOS. *La Perseverancia, un barrio con Historia: Esculpiendo la greda*. Bogotá, 1988.

ESCOBAR, Alberto; MARIÑO, Margarita; y PEÑA, César. *Atlas Histórico de Bogotá, 1538-1910*. Corporación La Candelaria, 2004.

TAVERA, Camilo. *Habitaciones obreras en Bogotá*. Bogotá, Casa Minerva. 1922.

II Parte
APUNTES SOBRE LA PERSEVERANCIA[7]

Generalidades

El barrio La Perseverancia se encuentra ubicado en la parte centrooriental de Bogotá, a espaldas de edificios emblemáticos para la ciudad como el Museo Nacional y al borde del Centro Internacional.

El alto de San Diego se extendía desde lo que hoy conocemos como el Parque de la Independencia y el barrio Bosque Izquierdo por el sur, hasta la zona del Río Arzobispo por el norte y al mismo río por el oriente. En 1884, la Beneficencia de Cundinamarca financió la construcción de un edificio de ladrillo que funcionó como asilo de indigentes y locos, en terrenos que fueron del Convento de San Diego. Tanto la iglesia de San Diego como el asilo fueron los motores del desarrollo urbano de la zona.

Hacia el noroccidente de estas tierras, se levantaba una casa con una tienda de chichería, de propiedad del sargento José María Prieto y su esposa, Catalina Rojas. Al morir el sargento, su señora vendió la propiedad desencadenando una serie de ventas. Finalizando el año de 1889, el alemán Leo Kopp compró a la sociedad Ferguson Noguera y Cia. un globo de 200 varas cuadradas donde levantaría la fábrica de Cerveza Bavaria.

El 4 de abril de 1889 se inauguró la fábrica. La cerveza se distribuyó en varios carromatos, tirados por percherones o bueyes, y el nuevo producto fue embotellado y presentado con marcas como Tres Emperadores, Dopel, Especial, Don Quijote y la Pola. Con el tiempo, chicherías ubicadas en sectores como Las Cruces o Egipto empezaron a

[7] Esta parte del documento es resultado de la consulta de fuentes bibliográficas realizada por las y los guías ciudadanos de Misión Bogotá que participaron en el proceso de investigación del proyecto *Tu Historia Cuenta*. Como parte de su proceso de formación y apropiación de la ciudad, las y los guías consultaron libros, documentos históricos e información publicada en medios de comunicación, y realizaron un resumen de las características generales de los barrios a intervenir. Este ejercicio previo les brindó herramientas para el abordaje a las comunidades.

ser remplazadas por la nueva bebida, que se convertía en muestra del progreso de la ciudad y de la llegada de la era industrial. Poco a poco el paisaje de la sabana también cambió: de sembrados de maíz se pasó rápidamente a cultivos de cebada, elemento fundamental en la fabricación de la cerveza.

Vista general de chichera en el Parque principal.

A finales de ese año, Leo Kopp informó a los trabajadores de la fábrica que tenía en mente una idea para darles techo: construir un barrio obrero. Sin embargo, esta idea no se materializó sino 20 años después cuando, finalmente, estuvieron listos los diseños, y la propuestas técnicas y económicas para iniciar la obra en un predio ubicado en la parte alta de la fábrica que le permitiera a los trabajadores estar cerca a sus hogares. Así, comenzaron las obras del barrio La Perseverancia, *"delimitando la zona por el norte con los paredones del Colegio San Bartolomé, por el sur con el buitrón de las ladrilleras de los Vega (antiguos propietarios de la región centro-oriental), por el occidente con la Cra 7 y hacia arriba, surgían el monte, los picachos y las canteras de arena. Por donde hoy es la Calle 30 bajaba una quebrada y nacían manantiales, que al poco tiempo se volvieron albercas y pozos. El terreno era difícil, gredoso e irregular. En un principio fueron casitas armadas con sabiduría campesina, madera del bosque, tierra de la montaña, ladrillos de los chircales cercanos, lajas de piedra traídas del río Arzobispo*[8]*".*

Por la forma en que fue construido el barrio en donde todos los propietarios eran conocidos, desde un principio se crearon fuertes lazos sociales que han predominado a lo largo de la historia. Los habitantes del barrio eran, principalmente, obreros de la fábrica Bavaria. Luego, poco a poco fueron llegando artesanos y gente de otras zonas que buscaban en La Perseverancia lotes bien ubicados y accequibles a sus bolsillos. Con el tiempo, se construyó la Iglesia, se fundaron organizaciones sociales y, junto con el barrio Egipto y Las Cruces, se convirtió en uno de los sectores populares de la ciudad.

El transporte en el barrio funcionaba con animales de tracción y las calles eran peatonales. Mientras los hombres trabajaban directamente en la fábrica, las mujeres empezaron a hacer capachos de junco, que se utilizaban para empacar las botellas de cerveza y de manzanilla. Por la extracción campesina de la mayoría de los habitantes del barrio, empezó a llegar el consumo de la chicha, como parte de las tradiciones ancestrales.

[8] En: *Magazín Dominical*. El Espectador, enero de 1985.

Las construcciones

El adobe fue la materia prima por excelencia para construir las primeras generaciones de casas en La Perseverancia. La mayoría de las casas era en tapia pisada o en ladrillo, de unos 50 o 60 centímetros de espesor, y de una sola planta. La familia Vega era propietaria de la fábrica de ladrillos conocida como El Buitrón, ubicada en los límites del barrio. La arcilla para fabricar los ladrillos se conseguía en los alrededores, se pisaba por bueyes y se llevaba a los hornos. Aquellos que construían en la parte oriental del barrio tenían menos trabajo y más beneficios que los que construían en la parte occidental, debido al declive del suelo.

Durante el invierno, el terreno se tornaba muy húmedo por las numerosas y pequeñas corrientes de agua que bajaban por los cerros aledaños. En un principio, como no había servicio de agua, las mujeres lavaban y recogían agua en el Río Arzobispo y en el Chorro de Padilla. La carencia de este servicio originó, no sólo las romerías para lavar, sino otros menesteres como señala el ingeniero Jorge Vega, quien relata cómo los moradores se veían obligados a infectar la parte alta del barrio con sus heces por la falta de baños públicos y privados.

Cuando el barrio comenzó a poblarse con mayor densidad se levantaron dos pilas para recoger el precioso líquido: una estaba ubicada donde hoy es la carrera 7 con calle 31, y la otra, donde actualmente está la iglesia. Con el tiempo, no hubo necesidad de ir a lavar al río porque los Vega alquilaban, por pocos centavos, unas albercas ubicadas cerca al Buitrón, en una zona de nacimientos de agua, donde se construyeron lavaderos alrededor que facilitaban el oficio. Frente a las albercas había un jardín enorme y muchos iban a comprar flores. Poco a poco, este sector comenzó a llamarse el Jardín de las Rosas.

La plaza de mercado

La plaza de mercado fue construida frente a la Cervecería Bavaria. Hasta allí llegaban los campesinos de Chía, Tenjo y otros pueblos cercanos a vender sus productos: legumbres, líchigos, huevos y gallinas. Después, la plaza de mercado fue trasladada a la carrera 5 entre calles 30 y 31.

Construcciones al costado occidental del barrio a mediados del siglo XX.

Empedrado de calles

Una vez llegó el servicio de luz y alcantarillado al barrio, los pobladores decidieron comenzar con el empedrado de las calles. Era común que los niños fueran al río Arzobispo a traer piedras para empedrar. Con el tiempo, las fueron pavimentadas, buscando una mayor comodidad para sus habitantes.

El trazado urbano

El barrio La Perseverancia fue dividido en seis manzanas, delimitadas por calles y carreras de 10 metros de ancho, con excepción de la carrera 5 que medía 18 metros. Las calles y carreras tenían dos aceras o paseos, de 2 metros de ancho, con árboles en sus bordes. Entre carrera y carrera, paralelamente se trazaron cuatro callejones de 5 metros de ancho. La calle 32 fue, desde siempre, la Avenida en La Perseverancia. Inicialmente, era empedrada y tenía una zanja en el centro que permitía la evacuación de las aguas lluvias.

Plano General del Alto de San Diego, donde posteriormente se consolidó el barrio La Perseverancia.

La Iglesia

En los inicios del barrio no había iglesia. Las misas eran campales o se acudía a la capilla del Colegio de San Bartolomé. El templo empezó a construirse en 1931, como una construcción pobre de 15 metros por 3 metros, paredes con ventanas, una puerta por la calle y otra por la carrera, tejas de barro y, al frente, dos campanitas. Más tarde, con la llegada de los sacerdotes del colegio San Bartolomé y con la ayuda de los salesianos, se amplió la construcción. Después, se levantó la cúpula y el reloj, que ha funcionado muy poco, porque opera con cuerda[9].

La Iglesia se construyó con la colaboración de los pobladores. Se realizaron innumerables bazares y fiestas para recolectar dinero. Muchos habitantes aportaron su mano de obra e, incluso, los niños cargaban los ladrillos hasta el sitio de la obra.

Iglesia de Jesucristo Obrero.

En 1934 se inauguró oficialmente la Iglesia con el nombre de Jesucristo Obrero. Las imágenes religiosas fueron donadas por familias del barrio. San Pedro, San Juan y Jesucristo, poblaron las recién construidas naves del tempo para salir en procesión a recorrer las empinadas calles del vecindario en hombros de sus donantes.

[9] Cfr. TORRES, Martha y CHAPARRO, Jairo. *Por la calle 32, Historia de un barrio.* Programa Libro Vía. Alcaldía Mayor de Bogotá. Bogotá, 1992.

Festividades religiosas

En época de navidad, no podían faltar las tradicionales quemas en la noche del 7 de diciembre. Comenzaban quemando madera y luego llantas que se dejaban en un sitio para, luego, echarlas a rodar por las empinadas calles.

Antes de iniciarse la novena navideña, la gente organizaba una excursión a los cerros, a la que llevaban piquetes, para recoger el musgo del pesebre. Se hacían bazares para recoger fondos que permitieran decorar la Iglesia y se realizaban novenas en todas las calles, con su respectiva decoración navideña.

El cinturón rojo

Para los años 30, de vez en cuando el poeta Luis Vidales ascendía hasta las chicherías semiclandestinas en uno de los primeros carros que llegó al barrio y que utilizaba la calle 32 como vía de acceso. También comenzó a frecuentar las chicherías del barrio el abogado Jorge Eliécer Gaitán y, con el tiempo, a enterarse de la situación que se vivía en este populoso sector de la ciudad.

Jorge Eliécer Gaitán en compañía de algunos residentes de La Perseverancia, en una de sus visitas al barrio.

Unos días antes del 9 de abril, la comunidad recibió a Gaitán entre vivas y voladores. Le prepararon una tribuna en un balcón, adornado con flores y cintas rojas. El líder se negó a subir, explicando su naturaleza humilde, e improvisó un discurso que aún permanece en la memoria colectiva de los habitantes. Según cuentan, mientras se tomaba una totumada de chicha con anís, en esa oportunidad Gaitán pronosticó su propia muerte y el derrumbe del gobierno de los ricos.

En las casas de La Perseverancia no había nadie que no fuera gaitanista. Cuando el político liberal los visitaba, en todo el vecindario se exhibía la bandera nacional –a pesar de que era prohibido- y una foto suya. "El Jefe", como era llamado Gaitán en el sector, se emocionaba con estos recibimientos y elogiaba la valentía de la "Perse". Alguna vez dijo que sobre el puño mugriento de los trabajadores del barrio soñaba escribir el nuevo Código Penal Colombiano. En otra ocasión, llamó a La Perseverancia el "Cinturón Rojo de Bogotá".

Los urbanistas descubrieron la ubicación estratégica de la zona y tuvieron la intención de comprar todas las tierras en una gran transacción, pero no fue posible gracias a la

intervención del político. El Estado también quiso apropiarse de la "Perse", pero Gaitán se opuso. Al conocerse la noticia de su muerte, el barrio se tomó la Estación de Policía más cercana, expropió armas y protagonizó parte de los sucesos del Bogotazo.

Expresión de dolor y destrucción de la ciudad, como consecuencia del Bogotazo, ocurrido el 9 de abril de 1948.

El 9 de abril de 1948, la calle 32 fue un mar rojo. Las filas de obreros se convirtieron en una jauría. Esta vez, el pito de Bavaria que los llamaba al trabajo tras el almuerzo, no sonó. El silencio fúnebre vino a ocupar su espacio en una cotidianidad extraña. La industria se detuvo ante la pasión del pueblo gaitanista. Del viejo barrio obrero salieron cientos de trabajadores para unirse a la masa que incendió y saqueó el centro de la ciudad. En la noche, de regreso a sus casas, encendieron fogatas y bebieron whisky, champaña y vodka, y compartieron comidas importadas, que habían sido saqueadas de los estancos.

Para el barrio obrero de La Perseverancia el asesinato de Gaitán les robó su luz política. Mucho tiempo después de su muerte, las mujeres del barrio aún cosían banderas gaitanistas. Los niños empapelaron los muros, los jóvenes fundaron organizaciones gaitanistas y, aún hoy, los ancianos recuerdan con la voz de la experiencia la historia de "El Jefe".

Tradiciones y costumbres

Familia barrio La Perseverancia a mediados siglo XX.

A principios del siglo XX, era muy importante la presentación personal. Las niñas debían contar con el consentimiento de los padres para salir solas de sus casas o, de lo contrario, debían estar acompañadas por alguien de la familia. Los hombres tenían más libertad para lanzarse al exterior. Del corte de pelo alto, se adoptó luego el estilo Carlos Gardel, más largo y con mucha gomina. Era cotidiano el uso de sombrero, que también tuvo su evolución: de alas anchas a más cortas y adornado con cintas o plumas. Los más deportivos utilizaban las cachuchas. Muchos lucieron la moda del mike, un pantalón a la altura del tobillo que dejaba ver las medias. Las alpargatas, en sus modalidades de suela de fique o de cuero, iban quedando relegadas para dar paso al uso de las sandalias y los botines.

La época del corbatín llegó y, con ella, el problema para hacer el nudo. Fue cuando los fabricantes decidieron sacar un modelo que ya traía el nudo hecho. Luego, al corbatín lo desbancó la corbata; al sombrero lo enviaron al olvido y así, incansablemente, unas prendas remplazaron a otras.

Festividades barrio La Perseverancia a finales siglo XX.

En agosto, la alegría y el juego se reunían en el cerro, en un lugar conocido como La Planada. En ocasiones, las familias organizaban salidas para unirse a las peregrinaciones al señor de Monserrate o la Virgen de Chiquinquirá. De los bailaderos, el más recordado era el Alto Alegre, que quedaba justo detrás de donde hoy se ubica la escuela El Salvador. Los bazares nacieron con el barrio. Los vecinos se concentraban en torno a ellos para colaborar y divertirse. El párroco se encargaba de la convocatoria y siempre tenían como fin suplir alguna carencia de la comunidad.

Uno de los teatros más famosos en La Perseverancia era el Teatro Unión, ubicado en el sitio donde hoy queda el Teatro La Carpa, en la carrera 5 entre calles 33 y 34. El Teatro Unión era reconocido porque, antes de las funciones, se vendían dulces fabricados por los vecinos y porque presentaba películas mexicanas con los ídolos de la época, María Félix y Agustín Lara.

En materia de alimentación no cabe duda que los tiempos de ayer fueron mejores.

> "*Por pobre que fuera una familia, la mesa siempre estaba dispuesta con platos sabrosos, nutritivos y sobre todo, elaborados con dedicación y amor. En ella se daban cita el cuchuco de trigo con espinazo, el ajiaco, la mazamorra chiquita, el cocido, la mazamorra de maíz, entre otras. En ocasiones especiales, una buena gallina, un plato de conejo o cabro, tamales y el famoso, espumoso y oloroso chocolate santafereño. En medio de todas estas delicias gastronómicas el remate podía consistir en bollos de mazorca, envueltos con uvas, postre de natas, de mora o durazno, y el siempre bien recibido arroz con leche. En las onces se comían calostros con panela, melcochas o bocadillos, arequipe preparado en casa, tumes, habas o maní tostado y cocadas. Algunos niños comían los abejones hechos de maíz con melado, los chicheros, que eran una especie de bizcocho bien doradito y tostado, bocadillos blancos de azúcar, los ojos o melcochas pequeñas, pan de maíz, la negra y dulce mogolla elaborada con maíz y trigo.*
>
> *También eran famosas las expertas cocineras y los piqueteaderos. Uno de ellos fue el de ´Las Changuas´, al frente del cual se ubicaba otro igualmente famoso, ambos situados sobre la calle 32*[10]*".*

El empleo

En el barrio La Perseverancia era fácil encontrar niños, no sólo elaborando los capachos para proteger las botellas de cerveza, sino al lado de los adultos en la pesada tarea de construir la vivienda para la familia.

El trabajo iniciaba a partir de los 10 años. Engancharse en una fábrica o aprender al lado de los veteranos polvoreros el arte, era la puerta de entrada al mercado laboral: los niños cortaban y apilaban papel, hacían cohetes, luces de bengala, chisperos y sorpresas; separaban maní en las fábricas de aceite; trabajaban en la fábrica de Vidrios Fenicia; y, por supuesto, en las más disímiles actividades de la cervecería Bavaria.

La modernidad

La violencia llegó rápidamente. El éxodo campesino desde las zonas rurales aumentó la población del barrio y fue necesario construir más casas y otros equipamentos, como la cancha de baloncesto, hecha con mano de obra de la comunidad. Vinieron maratones, campeonatos, bazares, fiestas y más gente.

Con el tiempo, las diferencias de estatus en el barrio fueron notorias: abajo, se ubicó la mayoría de los propietarios, y arriba los inquilinos, con un fuerte desarraigo y hacinamiento. Sin embargo, desde siempre las actividades del barrio han creado lazos de

[10] En: *Magazín Horas, tiempo cultural*. Octubre de 2004.

comunicación directa; gracias a ellas, la comunidad converge. En ese sentido, el deporte ha sido un lazo de unión tradicional.

Para la década de los 80 en el barrio había cerca de 30 núcleos comunitarios conformados, organizados en forma independiente y autogestionaria: sociedades, clubes, fundaciones, comités, equipos, grupos, órdenes, familias y clanes de actividades disímiles y originales. Estos grupos organizaron el aseo del barrio, evitaron disturbios en las entregas de cocinol, promovieron el arte y dieron numerosos ejemplos de eficacia organizativa y fuerza cultural.

El festival de la Chicha

Puesto de venta de chicha. Festival internacional de la chicha, 2006.

Desde octubre de 1988 se celebra en La Perseverancia el Festival de la Chicha, creado por la Asociación Comunitaria los Vikingos, integrada por habitantes del barrio. La celebración se ha mantenido a pesar de las trabas burocráticas y los ataques de los enemigos de la bebida tradicional. El secreto de este barrio para ganar estas batallas es su tradición más arraigada: el trabajo mancomunado. El mismo que les permitió en los años 30 construir el alcantarillado y la Iglesia, inspirados en las asociaciones de apoyo mutuo del Moviendo Obrero Italiano.

En el Festival de la Chicha, $5000 alcanzan para un litro de maíz fermentado y una buena dosis de comida tradicional: gallina, morcilla y longaniza. Hay rap para la dicha de las nuevas generaciones, y vallenato y salsa para los visitantes. En su décima versión, más de 250 familias se beneficiaron del *Festival de la Vida, la Dicha y la Chicha*, como aparece registrado en el Concejo de Bogotá.

Al principio, la fábrica de cerveza Bavaria y La Perseverancia convivieron en paz. Tras la peste de primera década del siglo XX en Bogotá, hasta las mujeres solteras fueron contratadas por el alemán Leo Kopp. En esos días, los obreros elaboraban la cerveza pero se emborrachaban con chicha. La Campana -al parecer de propiedad del expresi-

dente Alfonso López Pumarejo-, Las Múcuras y Las Patas eran las chicherías más concurridas de la época. Además de totumadas, se vendía cerveza La Pola, sin ningún tipo de discriminación.

Sin embargo, con el Bogotazo empezaron los problemas. El decreto 1839 del 2 de junio de 1948, prohibió de manera oficial la venta y consumo de chicha. Ya en años anteriores la ciudad se había llenado de afiches que aseguraban que el maíz fermentado embrutecía e incitaba al crimen a sus bebedores. La policía, con la nueva ley, allanó decenas de casas del barrio y condenó a la clandestinidad a la bebida tradicional, para gloria de los empresarios de la cerveza.

BIBLIOGRAFÍA

Magazín Dominical El Espectador. Edición de Mayo de 1985.

Periódico El Espectador. Edición de abril 13 de 1948.

TORRES, Martha y CHAPARRO, Jairo. *Por la Calle 32, historia de un barrio*. Bogotá, 2002. Programa Libro Vía. Alcaldía Mayor de Bogotá. Bogotá, 1992.

ZAMBRANO, Fabio y CASTEBLANCO, Carolina. *Reconstrucción histórica, arquitectónica y turística de la Localidad de Santafé*. Bogotá, 1999

Reconquista. Publicación del Instituto Jorge Eliécer Gaitán. Bogotá, abril de 1948.

III Parte
HABITANDO "LA PERSE" HISTORIAS DE BARRIO

Por: Liliana Ruiz Gutiérrez

Los milagros de don Leo
Asunción Bernal

Nací tras la puerta del número 31-17 en un estrecho callejón al que le caben dos mil y una historias. Y aquí mismo espero la muerte sin sonrojarme. Fui chichera, de la mano de mi madre y mi abuela, en las épocas en que la bebida de maíz convivía en igualdad con el guarapo, el aguardiente y la cerveza. De niña, también en familia, hice los capachos que compraba Bavaria para cubrir la cerveza que se transportaba a lomo de mula a los pueblos de la Sabana. También fui polvorera y obrera de la fábrica, como muchos de mis vecinos.

Leo Kopp, empresario alemán. Fundador de la fábrica de Cerveza Bavaria.

La cercanía con la fábrica de Bavaria atrajo al barrio cientos de campesinos de Boyacá, Tolima y Cundinamarca a mediados del siglo pasado. Don Leo Kopp, fundador de Bavaria, otorgó préstamos a la gente y, con trabajo mancomunado, se fueron construyeron casas de adobe que aun hoy se mantienen en pie, aunque la mía está a punto de caerse.

Sin embargo, no olvido cada lunes visitar la tumba de don Leo para agradecerle que ayudó a mis padres, dos inmigrantes de Boyacá, a construir la casa en la que hoy vivo. Además, le pido favores económicos porque, según dicen por ahí, él todavía escucha.

La banda de don Genaro
José Vicente Jiménez Méndez

Mi papá, Genaro Jiménez, fue fundador del barrio La Perseverancia. Creó una banda musical con la que tocaban por los alrededores para recoger plata y construir la iglesia que actualmente tenemos en el barrio. El primer párroco fue el padre Luna, que era

muy bravo. Mi papá fue uno de los primeros sacristanes. Luego vino el padre Álvarez, el más conocido de la parroquia.

Grupo musical conformado por jóvenes del barrio.

Al pie de la iglesia había unos potreros, de propiedad de la familia Vega, con albercas donde la gente del barrio lavaba la ropa. En esa época las calles y las carreras eran empedradas y las casas se hacían en adobe. Con el tiempo, se han ido reformando. La plaza de mercado del barrio quedaba donde hoy se encuentra la cancha de básquetbol; luego, se trasladó a la carrera 5. Eran varios tolditos, como una plaza de pueblo, y venían campesinos de zonas cercanas a vender sus productos.

La gente del barrio era muy sana, obreros de Bavaria principalmente. El barrio era famoso por las chicherías que quedaban sobre la carrera 7 con calles 31 y 32, como La Revoló y La Colombiana. Había vecinos que odiaban a Bavaria, sobre todo los artesanos; ellos pensaban que tomar cerveza no era sano y, en cambio, beber chicha sí.

Desde esa época, cada año se celebra en el barrio el Festival de la Chicha. Vienen gringos y personas de toda la ciudad a probarla. La Alcaldía ayuda a organizar el festival y la comunidad se encarga de preparar la bebida. Es de las pocas tradiciones que nos quedan. Otras se han ido perdiendo. En navidad, por ejemplo, La Perseverancia se vestía de fiesta. En las casas se tomaba trago y se bailaba tango. Los vecinos compartíamos vino, arroz con leche y galletas. Hoy, cada uno celebra por su lado.

Otra celebración importante del barrio era las fiestas de Corpus Christi. Se realizaban bailes sobre la calle 32 y tocaba la banda de mi papá. Ellos siempre tocaban cuando había algo importante en el barrio. Por ejemplo, acompañaban los discursos de Jorge Eliécer Gaitán cuando venía a La Perseverancia a hacer propaganda liberal. Y por andar en esas, mi papá fue uno los heridos del Bogotazo. Recibió un machetazo.

La fiesta brava

Lilia Ramírez

Nací en el barrio Las Aguas. Yo creo que se llamaba así porque, de la Carrera 1 hacia arriba, había bosques, chircales y albercas donde la gente iba a lavar. Por la carrera 3 había una quebrada y, cuando llovía, los vecinos tenían que poner tablas para poder cruzar porque no había pavimento. Las casas eran ranchitos, encerradas con chusque y ameros de la mazorca. Como en 1928, el barrio comenzó a ser remodelado.

Los Vega eran los dueños de estos terrenos y a ellos les compró don Leo Kopp, el que fundó Bavaria. A él lo conocí cuando chiquita, con los demás niños del barrio le gritá-

bamos: "Leo Kopp se caga en un cajón". Hasta que se aburrió y nos espantó a bala. Luego de eso, no lo volvimos a molestar más.

En la fábrica de Bavaria la gente se dividía el trabajo: los señores trabajaban en la empresa y las señoras hacían los capachos para la cerveza. La cerveza la repartían en burros y, la chicha, en pipetas. La primera chichería del barrio fue de Alfonso López Pumarejo, se llamaba La Campana, quedaba en la calle 31 con carrera 6. Ahí trabajaban la mayoría de señoras del barrio. Luego, a raíz de la muerte de Gaitán, en 1948 prohibieron la chicha.

Gaitán venía mucho a la plaza de mercado que antes quedaba en la calle 31 con carrera 4 y era al aire libre. Luego, cuando empezaron a construir la Iglesia, la trasladaron. Gaitán se paraba en una esquina y hablaba con la gente. Era muy allegado a las personas mayores.

Antiguamente la gente del barrio era muy aficionada a las corridas de toros. Ahora, muy poco. En esa época, se veía pasar a la gente con las botas y, los que no iban a las corridas, se quedaban bebiendo manzanilla con cerveza. La Ramona era una señora loca del barrio que, en los días de corridas de toros, se emborrachaba, se subía a las mesas y a los carros, y se orinaba en el piso.

Buena muela

Ana Soledad Vega

El barrio tenía las calles de piedra y las casas eran en adobe, de un solo piso, con tejas de barro. Ahora hay pavimento y la mayoría de casas son de dos pisos porque las familias han crecido.

En la calle 30 había un buitrón donde hacían ladrillo y cortaban leña. También había una placita donde vendían carbón mineral y de leña. Era bueno el negocio porque, en esa época, se cocinaba en estufa de carbón y leña.

Calle 30 carrera 5 durante una granizada.

En la carrera 5 con calle 33 quedaba el centro de salud. Hoy está el colegio. Por esa misma calle bajaba una quebrada que después canalizaron cuando comenzó a modernizarse el barrio. Cuando estaban haciendo los edificios de la Policía en la calle 33, bajó la quebrada y mató a dos obreros.

Antes, en el barrio se jugaba mucho naipe. La gente sacaba las mesas y las sillas y jugaban mientras tomaban chicha. Ahora, el barrio es más peligroso. No se puede andar por ahí jugando a nada.

De las cosas más importantes del barrio es el Festival de la Chicha. Sube mucha gente, hay carpas, buena comida y baile. Se come rellena, papa criolla, maíz, gallina y, además de la chicha, se toma guarapo y cerveza. La gente del barrio es buena muela. Y todos los fines de semana se venden estos productos en la plaza de mercado.

Bendito y alabado, buenos días

Luisa Mila

Yo soy nacida y bautizada en el barrio Egipto, y luego me vine a vivir con mi familia a La Perseverancia. Estudié en la escuela La Concordia, que era de sólo niñas. Allí terminé la primaria. Durante mucho tiempo trabajé en Bavaria haciendo los capachos, que eran recubrimientos hechos de junco. Había de media botella y de botella champañera.

Familia del barrio La Perseverancia en un día festivo.

En ese entonces a la carrera 1, en la parte alta del barrio, se le llamaba vereda Monserrate. No existían las escuelas y era puro potrero. En el Parque Nacional había animales, los paseos eran bonitos porque uno podía ver micos. Había ruedas, canastas y columpios. Arriba, donde está el "Tanque del Silencio", había una trituradora. Hoy, en ese lugar queda el Puesto de Carabineros.

Al frente de la Iglesia de Las Nieves quedaba una plazuelita chiquita. No había bosques, ni Sagrado Corazón, ni estatua de Jorge Eliécer Gaitán. El buitrón de Bavaria quedaba en la calle 27. Donde ahora es la universidad, eran potreros y, al llegar a la calle 26, eran puros chircales. Donde hoy es el hospital quedaba un centro de salud desde donde repartía mercados el general Rojas Pinilla.

Las navidades en el barrio eran bonitas. Había puestos de pólvora, bailes y las comidas eran abundantes: sopa, seco y papas grandes. El vestir era a lo pobre, con ruana o pañolón. No se veía pintura en la cara de las mujeres y el pelo se usaba largo y recogido. En ese tiempo, nos saludábamos de lo más bonito: "Bendito y alabado, buenos días"

Riña de comadres

Ruth Bernal Nieto

El barrio se conocía anteriormente como Hacienda La Perseverancia, que pertenecía a los señores Vega. Era muy grande, iba desde la Caracas hasta la carrera 5, y de la calle 26 hasta la calle 39. Luego, el señor Leo Kopp, fundador de Bavaria, compró parte de los terrenos para construir un barrio para los obreros de la fábrica.

En la calle 30 con carrera 3 quedaban los lavaderos comunitarios y el Buitrón, que era una fábrica de adobe. Otras personas iban a lavar al río Arzobispo, en la calle 39, arriba del Parque Nacional. En la calle 32 con carrera 4 se recogía el agua para cocinar. Las señoras peleaban por el turno, se armaban unas riñas duras. A una de las señoras más bravas le decían Rosa "La Culebra" y a otra, Rosa "El Feto". Se vestían con faldas largas y bajo el pañolón guardaban los brazos para protegerse del frío.

Donde hoy existen los antiguos osarios, en la carrera 3 con calle 32, se decía la misa a manos del padre Piñeros. Ya después se construyó la Iglesia cuando vino la comunidad Jesuita, con el apoyo del padre Pablo Álvarez y el padre Meva. En esa época, cuando alguien del barrio moría, se colocaba el pito desde que salía el féretro hasta que llegaba al Cementerio Central.

Jorge Eliécer Gaitán visitaba con frecuencia el barrio y tomaba chicha con los habitantes. La estatua de Gaitán quedaba donde está la estatua del Sagrado Corazón. Pero los godos la rompieron. Luego se recuperó y se instaló en la esquina del parque.

Caras conocidas

Víctor Casallas
Cura Párroco Iglesia Jesucristo Obrero

El adobe fue la materia prima por excelencia para construir la primera generación de casas en La Perseverancia. En los límites del barrio estaba el Buitrón, un chircal muy importante para la zona. Ahí mi familia compró un predio por $35 y abrieron brecha para nivelar el terreno porque era subiendo a Monserrate.

La gente se surtía de agua del río Arzobispo o del Chorro de Padilla, pero cuando el barrio empezó a poblarse se levantaron varias pilas para recogerla. La gente bajaba con cántaros y, con una caña, llevaban el agua de la pila a la vasija. Hasta allí llegaba gente de otros sectores de la ciudad a recoger el agua, pero se formaban peleas cuando no eran conocidos. En esa época, igual que ahora, todo el mundo se conocía. Ninguna cara era extraña.

El mercado fresco

Juan Francisco Segura

Antes, La Perseverancia era un barrio muy peligroso. Mataban a los policías que prestaban guardia y los colgaban en los postes.

En el barrio existe, desde hace muchos años, la Escuela República del Salvador. Pero, a pesar de estar fuera del barrio, el colegio San Bartolomé de la Merced, ubicado en la calle 34 con carrera 5, ha sido más importante de la zona. Allí estudió el presidente Andrés Pastrana quien, en su época estudiantil, era muy devoto de las misas realiza-

das los domingos. La gente del barrio, en general, es muy devota. Desde su fundación y por la cercanía a los cerros, existe una fuerte peregrinación al santuario de Monserrate, que se mantiene hoy en día.

En el límite sur del barrio estaba la fábrica de Buitrón. Allí se hacía vidrios y cerámica. En la calle 32 con carrera 4 se encontraba la plaza de mercado, que no es la misma que existe actualmente. En esa plaza todos los días había mercado fresco, no como ahora que hay un día especial para el mercado.

Una bebida con resguardo

José Valdés

En el barrio hay una tradición cada año que se celebra el 12 de octubre. Hay personas que vienen de otras zonas de la ciudad y se forma una romería tremenda. Es la celebración del Festival de la Chicha. La chicha se hacía -y se sigue haciendo- en fondos y ollas de barro que se compran en el Pasaje Rivas. Durante mucho tiempo existió el resguardo, una ley que ponía multas a las personas si le encontraban chicha, guarapo, aguardiente mataburros o si vendía en cantinas al aire libre.

Consumiendo cerveza en La Perseverancia.

La chicha se prohibió porque se abrió la fábrica de cerveza y era más rentable tomar cerveza que chicha. Esto ocurrió después del 9 de abril. Yo no conocí a Jorge Eliécer Gaitán, tenía un año cuando lo mataron. Pero sé que esta fecha fue muy importante para el barrio, porque él fue un líder para La Perseverancia.

Ahora, la policía molesta porque la gente fuma o toma fuera de los negocios. Y los negocios los cierran de 15 a 30 días si se pasan del horario permitido por la ley.

La chicha siempre ha estado presente en el barrio. Aunque no había cine, existía el Teatro Unión, que quedaba donde hoy está el Salón Comunal, donde se proyectaban películas los domingos, entre ellas, Tarzán, Superman y Calimán. En la escuela República del Salvador también había un teatro y cobraba 5 centavos la entrada a la función de cine. Los niños íbamos a cine los domingos a las funciones de matiné. Siempre asistíamos en compañía de una persona adulta, porque a los niños no los dejaban entrar solos. Luego del cine, la gente se iba a tomar chicha.

Los fines de semana, en especial los domingos, jugábamos fútbol en una cancha que se llamaba La Miranda. También íbamos al Parque Nacional a pasear, a jugar fútbol y a caminar. Mientras los niños nos divertíamos, los abuelos tomaban chicha.

El ladrón de corazones

Luis Ruiz

En 1988, la Asociación Comunitaria Los Vikingos se dio a la tarea de escribir la historia de nuestro barrio. Después de 10 meses de trabajo, sacó a la luz el libro "La Perseverancia, un barrio con historia". En honor a las personas que concedieron la entrevista para esa publicación, se decidió realizar el 1er Festival de Chicha en octubre de ese año.

Las chicherías eran un sitio donde todas las tardes se reunían los parroquianos. Por lo general, eran lugares poco iluminados pero muy concurridos. En esa época existía el resguardo, que eran agentes de la aduana que se encargaban de perseguir y cerrar los sitios donde se vendían y fabricaban licores ilícitamente.

En 1948, el Ministro de Salud, Jorge Bejarano, prohibió por decreto la elaboración de la chicha por considerar que era nociva para la salud. Esta prohibición la hizo bajo presión de los fabricantes de cerveza y por algunos intereses familiares.

El barrio La Perseverancia fue llamado el Cinturón Rojo de Bogotá, por el fervor hacia Jorge Eliécer Gaitán. En sus visitas al barrio dejaba un buen número de ahijados. Fue tal el aprecio que en el parque principal del barrio, en la cale 32 con carrera 4, se encuentra un busto en su honor. Gaitán era un moreno, bajito, que se robó el corazón de los pobres gracias a sus denuncias contra la oligarquía.

Un negocio de vacaciones

Teresa Rosa de Palacios

Soy nacida y criada en La Perseverancia. En mi juventud, trabajé haciendo capachos, que eran cajas de madera para empacar la cerveza.

En Semana Santa el pescado no faltaba y los vecinos éramos muy unidos, entre todos intercambiábamos comida. Eso sí, la chicha no faltaba, siempre ha corrido por las calles del barrio. Cuando yo era niña, no había energía eléctrica y en el barrio todo se iluminaba con velas. El ambiente era bien bonito, romántico. La ropa se lavaba en albercas que había en el barrio La Macarena y cocinábamos con leña.

Lo aburridor era que la leña tocaba ir a buscarla a los cerros. Incluso, a los niños nos contrataban para ir a traerla y llevarla puerta a puerta. Ese era mi "negocio" en las vacaciones del colegio.

La señora Tulia

Miguel Avendaño Melo

Nací en 1931 en el barrio La Perseverancia. Soy pensionado de la empresa Rodríguez Estraumar-Instalaciones Sanitarias. Mis padres me contaron que antes de hacerse el barrio, la zona se llamaba Hacienda La Perseverancia.

Durante mucho tiempo viví cerca de la Escuela República del Salvador, que se inauguró en 1938. Esta escuela también tuvo el nombre de Instituto Joaquín Patarroyo. Allí estudié y aún recuerdo el nombre de mi primera profesora: la señora Tulia Álvarez.

La jornada escolar era de todo el día. Entrábamos a las 8:00 a.m. y salíamos a las 11:00 a almorzar, algunos a las casas y otros en el restaurante escolar. Volvíamos a la 1:00 p.m. y estudiábamos hasta las 4.00 pm. En esa época no había cuadernos ni lápices. Utilizábamos las pizarras y la jis, un implemento parecido a la tiza.

Mis padres trabajaban en Bavaria haciendo capachos. De joven, les ayudaba en mis ratos libres y, a cambio, me dejaban salir a jugar con mis amigos a los potreros que existían en la zona. Eso sí, siempre y cuando la señora Tulia me diera buenas calificaciones.

La "Perse", un pueblito en medio de la ciudad

Olga Lucía Ortiz Acosta
Guía Ciudadana Proyecto Misión Bogotá

Mi Perse querida tiene su propia historia y ha sido muy enriquecedora para sus habitantes y todas sus comunidades que quieren saber más de ella. Es una historia humana llena de alegría; también de tristeza y dolor, pero con la esperanza de formar cada día una comunidad mejor.

Un día nació la inquietud de un grupo del barrio por saber cómo había nacido La Perseverancia. Ese grupo se llamaba "Los Vikingos" y estaba conformado por hombres, mujeres y niños de todas las edades. Se pusieron a la tarea de preguntarles a los habitantes de más edad cómo había nacido La Perseverancia. Así, se puso de manifiesto lo que para muchos se había olvidado: que fue el primer barrio obrero de Bogotá; que, al principio, todos sus habitantes trabajaron en la cervecería Bavaria; que el dueño de la fábrica les ayudó a comprar los terrenos y edificar sus casas, y que cada casa costó $35 000.

Los vecinos se ayudaban unos a otros en la construcción de las casas, mientras las señoras hacían sus piquetes tradicionales y así, trabajaban, se alimentaban y se refrescaban con la chicha. Todas las labores eran acompañadas por esta deliciosa y nutritiva bebida.

Después vino la guerra por terminar con la chicha, la mala propaganda que hizo el Gobierno para darle paso al monopolio de la cerveza, que se impuso sobre la bebida tradicional. Sin embargo, la chicha no murió. Estuvo viviendo en secreto y con la complicidad de todos los que disfrutaban de ella. En silencio, se siguió extendiendo en barrios populares como Belén, Egipto y Las Ferias. Volvió a renacer cuando el grupo de "Los Vikingos" quiso hacer un homenaje a todas las personas que habían puesto la semilla para fundar el barrio. En honor de todos ellos se realizó el I Festival de la Chicha, el 9 de octubre de 1988, con ayuda de la empresa privada. Este evento fue todo un éxito. Hacia las 3:00 de la tarde no había una sola gota de chicha y los invitados se desesperaban por no haber alcanzado a probarla.

Gracias al éxito de la actividad, se decidió repetir cada dos años el festival y, ahora, cada año. No ha sido fácil, ha sido una lucha de muchos para lograr lo que hoy se tiene con este festival. La actual administración local propuso la internacionalización del festival por lo que, para la pasada versión, se invitó a una delegación de Venezuela y, a nivel nacional, al departamento del Valle y al municipio de Choachí (Cundinamarca).

Ahora, lo que la mayoría ignora es todo lo que sucede con los preparativos, un mes antes del festival. Las familias se unen mucho más en este proceso de elaboración de la chicha, las nuevas generaciones quieren aprender de los mayores. El calor de las cocinas de nuestras casas es acogedor. El compartir la sopita de dulce con quesito, otras veces acompañada con papa salada o con carne asada, es el inicio de la celebración. La bebida se hace con masa de maíz fermentada con la que, días después, pasado el tiempo de fermentación nace la chicha. Es la época en que en el barrio tomamos más de esa sopita. La presencia de la familia y los amigos para ayudar a moler el maíz y de paso, saborear las onces, ayuda a continuar la tradición.

El festival favorece a todo el barrio, al comercio, a las chicheras. Todo lo que gira alrededor de este festival es positivo. Las cosas malas que suceden en el barrio son una minoría si se comparan con el éxito de una actividad como el Festival de la Chicha. En este sentido, aprendí que nadie tiene derecho de hablar de un barrio, una localidad, un departamento o un territorio cuando no sabe su historia, su realidad. La mayoría de las veces nos limitamos a criticar, a condenar por los comentarios superficiales que oímos, sin conocer la verdadera realidad.

La Perse tiene algo lindo y es que, cuando se une, hace temblar a Bogotá. Si no, que lo diga el Festival de la Chicha y la Dicha. Yo espero que ese temblor sea también para el progreso de su comunidad, de los grupos del barrio como Los Amigos, La Última Garganta, las Unidas (de sólo mujeres), La 33, los Independientes, Club Metaval, Expreso Rojo, Grupo 5, Grupo de los 10, Ahorradores Asociados, Perse Activa, Perse Star, Club Meta, San Lorenzo, los Vikingos y el Grupo Juvenil de la Iglesia, entre otros. Todos ellos se unen para la organización del festival y también para algunos campeonatos, pero hace falta que esa unión sea permanente. Esa es mi esperanza.

IV Parte
ENTRE CHICHAS Y DICHAS

La construcción de identidades e imaginarios en el barrio La Perseverancia de Bogotá a través de la memoria histórica de sus habitantes

Por: Esteban Cruz Niño*

Sobre las neblinosas colinas ubicadas en la parte superior del entonces Panóptico de Cundinamarca (hoy Museo Nacional) se empezaron a construir nuevos hogares para la naciente clase obrera que comenzó a ubicarse en las empinadas faldas del cerro en el ocaso del siglo XIX.

Aquellas construcciones denunciaban el crecimiento acelerado que vivía por esa época la ciudad de Bogotá y, en el fondo, dejaban entrever los cambios sociales y políticos que se extendían por toda la república. Colombia comenzaba a atisbar el amanecer de una débil industrialización que, acompañada de un puñado de conflictos, transformarían la geografía física y humana de la antigua capital del Virreinato que había crecido lentamente durante algo más de tres siglos.

Esta fundación -la de una nueva parte de la ciudad- contiene en sí una representación de ella misma. Plasma la demarcación colonial española en sus calles, que crecen desde un punto de fuga ubicado en su parque central, en donde se sitúa el templo católico como el edificio más alto del barrio proyectado hacia el cielo y gobernante de los tiempos de sus habitantes con su reloj de cuerda y el compás de sus campanas. Este orden, el de sus calles y edificaciones, tiene que ver con la mentalidad, los símbolos y los códigos que desarrollaron durante años los habitantes del barrio La Perseverancia y que dieron forma a su entorno físico.

* Antropólogo egresado de la Universidad Nacional de Colombia. Ha publicado, en coautoría, el libro "Encuentros, experiencias de campo en el Carare", editado por la Universidad Nacional de Colombia (2005). Actualmente trabaja como Gestor del convenio Misión Bogotá- IDPC de la Alcaldía Mayor de Bogotá, en actividades de divulgación e investigación de temas relacionados con el Patrimonio Cultural de la ciudad, con las comunidades residentes y visitantes de sectores de interés cultural.

Es gracias a la recuperación de la memoria y los recuerdos de los habitantes de este emblemático barrio de la ciudad –ejercicio que realizaron las y los guías ciudadanos del convenio Misión Bogotá-IDPC– que intentaremos en estas páginas explorar el mundo de representaciones e imaginarios que construyó, tejió, fermentó y añejó al barrio La Perseverancia, le dio una identidad –un sabor propio– y, sobre todo, le asignó un lugar en la ciudad.

Domesticando territorios, cocinando la metrópoli

Había muchas cosas diferentes antes de que llegaran los españoles a las tierras del nuevo mundo: había ciudades, reyes, fiestas e imperios; sucedían guerras, luchas y ceremonias; también había maíz y del maíz se hacía vino, como en Europa se hacía de la uva. A este fermento de maíz se le llama, actualmente, chicha y su consumo se difundía desde el sur de Norteamérica hasta el final de Suramérica.

En la meseta de Bogotá, ubicada a 2.600 metros sobre el nivel del mar, los Muiscas solían beber la chicha cotidianamente en sus ceremonias. Para los invasores no resultaba muy atractivo pues estos ritos se identificaban con el paganismo y la idolatría, dos conceptos contra los que luchaban los misioneros católicos enviados para "domesticar" a los antiguos pobladores. La fe católica le daba un sustento ideológico y un código moral a la invasión, proporcionaba un sistema de creencias que debía ser impuesto a los "otros". Por ello, no es extraño que, desde un principio, la chicha no haya sido muy bien vista por el clero y el gobierno colonial que se encontraba enfrentado a nuevas visiones del mundo en tierras americanas.

Por ejemplo, en 1583 el fiscal don Francisco Guillén Chaparro escribe a su majestad solicitando se nombre a quién los indios "(...) *respeten y obedezcan y guarden las leyes y ordenanzas que se les diere, impidiéndoles andar vagando de unas partes a otras,* (...), *no permitiendo que hagan borracheras, cantos ni bailes por que de allí salen los sacrificios* (e) *idolatrías*...[11]".

Afianzada un poco la administración colonial, fue precisamente el clero el que empezó a "domesticar" el territorio en donde hoy se ubica el barrio La Perseverancia. En el año de 1606, integrantes de la orden franciscana deciden construir un convento de recoletos en el norte de Santafé, bastante lejos para que no llegaran hasta allí los ruidos del mundo y la vida terrenal, pero bien cerca para poder influir sobre ellos. El convento –ubicado aledaño a la Iglesia de San Diego–, poseía una extensión de tierra considerable que lo rodeaba. Dicha tierra era utilizada como huerto, lo que le representaba cierto grado de "seguridad alimentaría" a los religiosos.

[11] FRIEDE, Juan. Fuentes documentales para la historia del Nuevo Reino de Granada. Bogotá, 1975 - 1976. Pág. 162.

Un poco antes de la llegada de los franciscanos a América, éstos ya se habían expandido a España. En una población de este país llamada Alcalá, vivió un monje de la orden, de nombre Diego[12], encargado de cocinar y alimentar a sus compañeros. Además de administrar la despensa y la cava en que se guardaba el vino, solía sacar a escondidas la comida destinada a sus camaradas para entregarla a los pobres. Según la tradición católica, debido a su devoción, un día fue elevado al cielo cuando cocinaba, mientras dos ángeles ocuparon su lugar frente a la estufa. Fue a este cocinero español, investido en santo, al que se le consagró la recoleta de San Diego y fue gracias a los religiosos que un territorio de ladera fue añadido poco a poco a la ciudad.

La constitución del convento no sólo incorporó simbólicamente esta porción de tierra al espacio urbano colonial y republicano, sino que marcó sus límites hasta buena parte del siglo XIX, pues lo primero que veían los viajeros que entraban a la ciudad por el norte, era su edificación rodeada de campo y precedente a los primeros ranchos y casas.

No obstante, con la independencia de Colombia, las cosas empezarían a cambiar radicalmente. Para el año de 1861, el gobierno del general, Tomas Cipriano de Mosquera, decidió que las tierras de la Iglesia pasaran al poder del Estado (desamortización de bienes de manos muertas). En ese entonces, ni la fe ni la devoción al santo cocinero franciscano pudieron detener la expropiación y el convento pasó a manos del gobierno quien, al no tener claro qué hacer con él, lo entregó a la Junta General de Beneficencia y a Gregorio Pereira, Síndico del Asilo de Indigentes Varones[13]. Recogiendo la organización espacial de los religiosos, el lote se dividió en dos zonas: la parte alta y la parte baja.

A medida que la ciudad crecía y las mentalidades cambiaban, fue necesario dotar a la capital de una infraestructura que le permitiera al Estado ejercer su poder e influir en sus habitantes. Por eso, en 1875 se decide construir el Panóptico de Cundinamarca y, en 1884, instituir el asilo de indigentes y un "manicomio" en la parte baja de esta zona de la ciudad que, por estar ubicada en la periferia, representaba el mejor lugar para enclaustrar a los "indeseables" y "anormales", pues simbolizaba espacialmente el confín de la propia "civilidad", encarnada en el trazado urbano de Santafé.

Si bien en este punto los religiosos ya se habían marchado, la influencia simbólica derivada de su construcción del territorio siguió vigente; no en vano, los linderos de las propiedades consignadas al Estado fueron definidos por los franciscanos y construidos centenariamente. Podríamos decir que fue esta construcción espacial la que determinó los desarrollos urbanísticos posteriores, la que cocinó la inclusión y la domesticación de esta porción de terreno a la ciudad. Una muestra de ello es que la división entre la zona alta y baja de San Diego continúa vigente hasta la actualidad (por lo menos en su uso).

---

[12] Cfr. GIORGI, Rosa. *Diccionario de Arte, Santos.* Milán 2003.

[13] Cfr. TORRES, Martha y CHAPARRO, Jairo. *Por la calle 32, historia de un barrio.* Programa Libro vía, Alcaldía Mayor de Bogotá. Bogotá, 1992. Pág. 10.

Pero la ciudad siguió proyectándose hacia el norte a finales del siglo XIX (en realidad hacia todas partes, pero con menor intensidad al oriente) y, en su rápido crecimiento, los límites se iban corriendo. Fue entonces cuando los espacios periféricos se consideraron como los más aptos para la edificación de industrias que representaban los ecos de la revolución industrial que prometía maravillas a nuestras nacientes naciones.

La construcción de las fábricas de Bavaria en 1894 y del Buitrón de los hermanos Vega en 1896 tiene que ver con estos desarrollos. Leo Kopp no solo construyó una fábrica de cerveza sino que expandió la ciudad mas allá de sus limites simbólicos y consolidó una nueva forma de uso del territorio muy lejana a los talleres familiares, los conventos, los templos y las residencias que constituían a la vieja Santafé.

Vista sobre la carrera 13. Fábrica de Cerveza Bavaria a mediados del siglo XX.

Despuntaba, entonces, la industria con sus construcciones amplias y sus chimeneas que empezaban a minar el monopolio de las torres de campanario que eran las únicas a las que se les permitía proyectarse hacia el cielo. Al mismo tiempo, la chicha ya no era el vino ceremonial de los indios sino que se constituyó en un agente socializador de los humildes habitantes de la ciudad. Prueba de ello es que, al lado de donde se construyó la planta de cerveza, existía por aquel tiempo una casa con una tienda de chichería, propiedad del sargento José María Prieto y su esposa Catalina Rojas[14].

Al final, la chichera Catalina Rojas le vendería el terreno a Bavaria iniciando, de esta manera, la competencia entre los dos productos. La preparación del fermento criollo fue remplazada por la fabricación del europeo en tierras donde frailes y monjes franciscanos bebían el vino en sus ritos religiosos simbolizando la sangre de Cristo. Fue en ese momento en el que se empezó a pensar en un uso residencial de la zona y es en ese momento en que los primeros y perseverantes pobladores de los altos de San Diego comenzaron a colonizar físicamente el lugar que ya había sido colonizado en forma simbólica.

Se engendraría, de esta manera, la semilla que luego se cosecharía y se constituiría en una identidad particular del barrio La Perseverancia, que dejó su impronta en el desarrollo de la ciudad durante el siglo XX y la sigue enriqueciendo en el siglo XXI.

[14] Cfr. Ibíd.

Edificando ilusiones: la construcción de un barrio obrero en los altos de San Diego

Para poder hacer chicha se necesita maíz y para obtener maíz se necesita sembrarlo. Una vez el grano se coloca en medio de la tierra adecuada, éste germina expandiendo su pequeña raíz hacia abajo, enterrándose cada vez más. Lo que era una pequeña semilla, está lista para transformarse en una joven planta que, con el tiempo, dará frutos. De la misma manera, la expansión industrial que acaeció en Bogotá en las últimas décadas del siglo XIX necesitaba trabajadores para impulsar el trajinar de las máquinas y los hornos. Es por ello, y porque la ciudad se encontraba prácticamente hacinada -por esos días era normal que vivieran hasta 15 personas en una sola casa, que se hizo necesaria la construcción de nuevos sectores para habitarla[15].

La incapacidad del Estado para responder a tal desafío fue suplida por la empresa privada. Los hermanos Vega y Leo Kopp promovieron la construcción de nuevos barrios en los altos de San Diego, cuyas tierras eran mucho más baratas que en la parte plana donde se había ubicado la planta de Bavaria. El negocio de Kopp podía verse beneficiado pues tenía a los obreros de su factoría tan cerca que podían escuchar el silbido de la alarma que los llamaba a iniciar su jornada.

Aunque los hermanos Vega fueron los primeros en dividir sus tierras y vender lotes, en la memoria de los pobladores de La Perseverancia está Leo Kopp como su fundador y, más que fundador, como su benefactor:

> "*El Barrio lo construyó Bavaria. Leo Kopp les dio un lote a los trabajadores y ellos lo construyeron con barro y adobe, teja de barro, pisos y puertas de madera*[16]".
>
> *"*(La Perseverancia) *ha sido un barrio obrero, hicieron el barrio para los obreros de Bavaria*[17]*".*
>
> *"El Barrio La Perseverancia fue fundado por Leo Kopp, que fundó también la fábrica de Bavaria. El ayudaba mucho a las personas necesitadas, les dio la medida para que hicieran allí sus casas*[18]*".*

Aunque no podemos hablar de un mito fundador, la idea de que Kopp fundó el barrio o de que favoreció su conformación, hace parte de la identidad de sus habitantes en contradicción con la imagen de los hermanos Vega como propietarios de las tierras donde se levantaron casas y calles.

---

[15] Cfr. TORRES CARRILLO, Alfonso. *Barrios populares e identidades colectivas*. En: Revista Mar y Arena. Revista electrónica de la Facultad de Ciencias Sociales. Universidad Autónoma de Sinaloa Mazatlán. México. Año 2. No. 9. Abril de 2001.

[16] Entrevista a Jorge Hernández Sánchez, habitante de La Perseverancia, 2006.

[17] Entrevista a Mario Fernando Malaver, habitante de La Perseverancia, 2006.

[18] Entrevista a Víctor Abella, habitante de La Perseverancia, 2006.

"*Los Vega eran dueños de la finca, eran poderosos. Tenían una fábrica de ladrillos con albercas y madrugaban a las tres de la mañana a lavar por cuenta de Bavaria*[19]".

"Esto antes era una finca que era de unos señores de apellido Vega, este barrio fue construido con el apoyo de Leo Kopp, dueño de Bavaria, quien compró la finca y la loteó a sus empleados[20] *".*

La percepción de que la empresa cervecera acompañó el crecimiento del sector y le dio solidez tiene sentido en la medida en que la mayoría de sus habitantes obtenían su sustento de actividades relacionadas con la fábrica, directa o indirectamente. La mayoría de los niños y mujeres se dedicaba a la fabricación de capachos en los que se metían las botellas de cerveza para transportarlas. De la misma manera, muchos trabajaron en la industria de envases Fenicia que surtía a Bavaria.

"Hacíamos capachos de junco que se da en las lagunas. Lo tejían con cabuya, primero por una punta y la mitad, y luego por la otra punta, sobre una tabla, eso era para proteger a las botellas[21] *".*

Tomando cerveza en "La Perse".

En la memoria histórica se registra un elemento que definiría la identidad y la construcción colectiva de imaginarios en la Perse durante las primeras décadas de su existencia: la de su identificación como colectivo obrero. Aunque no fue Bavaria la que construyó sus casas (las construyeron los mismos obreros), sí fue la que les proporcionó trabajo y, sobre todo, un rol qué asumir en una sociedad en proceso de industrialización. La Perseverancia fue uno de los primeros espacios barriales en constituirse como barrio obrero en el país. En un inicio, su nombre fue el de Unión Obrera de Colombia y estaba dividido en sectores diferenciales. Con el tiempo, retomó el nombre de la hacienda La Perseverancia que ocupaba anteriormente estos terrenos.

De esta manera, en el barrio se reforzó la idea de lo popular y se fortaleció una identificación de clase de acuerdo con las circunstancias de sus primeros años, pues no se contaba con las condiciones mínimas que aseguraran una calidad de vida digna. Se

[19] Entrevista a José Roa, habitante de La Perseverancia, 2006.
[20] Entrevista a Luís García y Eliseo Suárez, habitantes de La Perseverancia, 2006.
[21] Entrevista a Leonor Rodríguez, habitante de La Perseverancia, 2006.

mezcló, así, la realidad material de sus pobladores con los imaginarios del trabajo asalariado, es decir, los del obrero.

> *"El barrio se construyó con mucha pobreza porque la gente del barrio eran pobres. Algunos construyeron con ladrillo y tejas de barro, otros en tapia pisada y techos de palma, y otros con guadua y con madera*[22]*".*
>
> *"El barrio era muy pobre, tenían muchas necesidades, pero había trabajo porque había poca gente en Bogotá y había muchas fábricas, la gente trabajaba en construcción, latonería, pintura*[23]*".*

Ante la incapacidad del Estado de ofrecer servicios públicos adecuados, los vecinos realizaban grandes esfuerzos para conseguir agua y se iluminaban en las noches con la tenue luz de las velas. El fuego que proveía de claridad a las noches también estaba relacionado con la preparación de las comidas pues las cocinas tenían un horno de leña y cada casa tenía su chimenea. Por eso, era común ver burros amarrados en las puertas de las casas cargando bultos de leña y carbón.

De la misma manera en que los vecinos llevaban el agua desde las fuentes que, poco a poco, se fueron instalando en la medida que el barrio fue creciendo, las personas también le dieron forma a sus espacios públicos, pues fue gracias al trabajo comunitario que se empedraron las calles, se arreglaron andenes y se construyó el templo católico, a principio de la década de los 30.

> *"Había reuniones para arreglar el barrio y la gente se reunía en la iglesia*[24]*".*

Sin embargo, lo importante no es que se adelantaran o no estas obras sino que, para el año de 1931, el antiguo potrero que estaba arriba del Panóptico había desaparecido por completo y en su lugar emergía un trazado urbano que iniciaba a construirse de acuerdo con las necesidades y los sueños de sus habitantes. Comenzaban, entonces, a fortalecerse las redes sociales que partían desde la necesidad y desde su autoidentificación como ciudadanos obreros. Por eso, no es extraño que el barrio germinara y se consolidara como un fortín político liberal y que haya sido llamado el "Cinturón Rojo" por el caudillo, Jorge Eliécer Gaitán, pues fue durante la construcción comunal del barrio que se sentaron las bases para una identidad política que se adheriría poco a poco al hecho de ser poblador de La Perseverancia.

Misa campal en "La Perse".

[22] Entrevista a Leonor Rodríguez, habitante de La Perseverancia, 2006.
[23] Entrevista a Jorge Valdez Garzón, habitante de La Perseverancia, 2006.
[24] Entrevista a Isabel Acevedo, habitante de La Perseverancia, 2006.

En ese sentido, lo importante no es qué tan fieles a la realidad son los recuerdos de los habitantes del sector, sino el por qué de ellos. Por eso es primordial resaltar cómo se concibe, desde la actualidad, la conformación del barrio. Sobresale la idea de un pasado obrero, de un personaje fundacional y de una construcción colectiva del espacio, lo que le transfiere a sus actuales habitantes una conexión con su entorno físico y sus prácticas (por ejemplo, tomar chicha y jugar tejo), al mismo tiempo que legitima desde la memoria histórica su identidad.

De chichas y resguardos: resistencia simbólica en la "Perse" a mediados del siglo XX

Cuando el maíz está listo para cosecharse hay que recoger a tiempo las mazorcas. Se debe tener cuidado de cuervos y otras aves que, tentadas por los granos, pueden dañar la cosecha. Los años 40 y 50 del siglo XX llenaron de tribulaciones sociales y políticas a la mayoría del territorio nacional. Las luchas partidistas y sociales bañaron de sangre el país y crearon una hecatombe social de la que aun sufrimos sus consecuencias.

Busto de Jorge Eliécer Gaitán, ubicado en el Parque Principal (autor desconocido).

La Perse, barrio obrero por excelencia, el "Cinturón Rojo" gaitanista, no podía escapar a los conflictos que se desatarían en la bifurcación del siglo XX. De esos años se conserva la imagen del líder inmolado y los trágicos sucesos del Bogotazo, y se retienen los retazos de las esperanzas populares cercenadas de un tajo por la violencia.

Para los pobladores de La Perseverancia la imagen de Jorge Eliécer Gaitán se une a las mismas tradiciones del barrio, se fusiona con sus costumbres e incorpora elementos cruciales para su identidad. La chicha y el tejo acompañan siempre su recuerdo.

> *"Gaitán era un señor muy formal con todo el mundo, él llegaba al barrio, daba discursos a la gente y después jugaba tejo y tomaba chicha, recibía comida a la gente y era muy alegre. En el barrio todos éramos seguidores de Gaitán, éramos liberales*[25]*".*

> *"En la carrera 6 con calle 32 había una fábrica de chicha con pipas grandes, las movían zorras de caballos y se tomaba en totuma. Tomaban Jorge Eliécer Gaitán y Darío Echandía. Gaitán les colaboraba mucho a los pobres por eso lo apreciaban mucho*[26]*".*

[25] Entrevista a Luís García y Eliseo Suárez, habitantes de La Perseverancia. 2006.
[26] Entrevista a Leonor Rodríguez, habitante de La Perseverancia, 2006.

La chicha, el tejo y la comida representan algo que va más allá de la cultura popular: son expresiones de la misma y ayudan a los integrantes del grupo a identificarse unos a otros, a relacionarse y tratarse como pares.

Paseo dominical.

En los años 40, 50 y 60 del siglo XX, estos tres elementos estaban siempre relacionados con el tiempo libre, el ocio y la diversión. La comida o el piquete acompañaban los paseos al cerro de Monserrate o al Parque Nacional; la chicha y el tejo iban de la mano con los domingos de descanso, las reuniones familiares y los amigos.

"El fin de semana se iba sólo a jugar tejo y a tomar chicha[27]*".*

"Los domingos se iba a misa y se hacía mercado, y mi padre jugaba tejo y tomaba cerveza y chicha con los vecinos[28]*".*

Chichera tradicional del barrio.

No es extraño que se relacionaran estos elementos con la imagen de Gaitán. El caudillo liberal simbolizaba al hombre popular, al político hecho a pulso y defensor del pueblo[29]. Así mismo, las chicherías y los campos de tejo representaban los espacios del hombre del común, lugares donde se socializaba y se compartía entre iguales.

"Las chicherías eran sitios de expendio de chicha, donde acudían los vecinos el día de descanso a tomar chicha y compartir con vecinos y amigos[30]*".*

"En esa época las mujeres del barrio hacían la chicha, la vendían en las casas. En esa época había señores hasta de 80 años tomando[31]*".*

No obstante, las cosas cambiarían a partir del 9 de abril de 1948. Ese día se desgarraría el sueño colectivo de los obreros, los desposeídos y los pobres. El asesinato de Gaitán no sólo dio rienda suelta al estallido popular del Bogotazo sino que puso en marcha un proceso de represión estatal del cual la Perse no pudo escapar. Eran tiempos plagados de desengaños y pasiones políticas que fueron amoldándose a la identidad

[27] Entrevista a Eduardo López López, habitante de La Perseverancia, 2006.
[28] Entrevista a Jorge Hernández Sánchez, habitante de La Perseverancia, 2006.
[29] Cfr. ALAPE, Arturo. *El Bogotazo: Memorias del olvido*. Editorial Planeta. Bogotá 1983.
[30] Entrevista a Luís García, habitante de La Perseverancia, 2006.
[31] Entrevista a Jorge Hernández Sánchez, habitante de La Perseverancia, 2006.

del barrio, como la estatua dedicada al cuadillo liberal que se encuentra enclavada en un costado del parque desde la cual siguen gravitando las vidas de sus pobladores.

En ese momento la chicha, la misma que representaba tantas cosas para los pobladores de los barrios populares de Bogotá, fue prohibida. Los desórdenes populares del 9 de abril fueron excusa para la prohibición total de la bebida. La muerte del caudillo se utilizó para acallar el grito de los oprimidos que habían visto en éste su esperanza.

La chicha había sido perseguida desde tiempos coloniales y, en especial, pocos años antes del Bogotazo. Tan sólo un año antes del 9 de abril, el 9 de septiembre de 1947, ya se había publicado un acuerdo del Concejo de la ciudad en el cual se reglamentaba el consumo y producción de chicha[32].

Grupo de jóvenes del barrio a mediados de los años cincuenta.

Esta bebida era vista por algunos sectores de la sociedad como la promotora de la violencia que se había llevado por delante a varias docenas de construcciones del centro de la capital y a un buen número de sus habitantes. Fue utilizando estas razones, y tras una campaña encabezada por el ministro de Higiene, Jorge Bejarano, que se prohibió completamente la bebida mediante la Ley 34 de 1948. Casi un año después de la revuelta, el 14 de febrero de 1949, el periódico El Tiempo publicaba en el marco de la prohibición:

> "*La salvadora empresa de arrancar a más de la quinta parte de la población del país de la oprobiosa esclavitud del chichismo, que envilece su espíritu, destruye la salud y atenta contra las generaciones por venir*".

En contradicción con las razones expuestas por los integrantes del gobierno de entonces, en la memoria de los habitantes del barrio y de la ciudad quedó una razón diferente para la prohibición:

> *"La chicha se prohibió por el gobierno y el poder de Bavaria*[33]*".*

> *"La prohibición de la chicha se dio después de la muerte de Gaitán porque Bavaria sacó una cerveza llamada ´cabrito´. Entonces, como Bavaria era ya casi una empresa podero-*

[32] CONCEJO DE BOGOTÁ. Acuerdo No. 52 de septiembre 9 de 1947, por el cual se dictan disposiciones sobre ubicación de fábricas y expendios de chichas en Bogotá.

[33] Entrevista a Salvador Guayacán, habitante de La Perseverancia, 2006.

sa, logró convencer al gobierno diciendo que la chicha era mala, que embrutecía la gente y que era perjudicial para la salud mientras la cerveza era remedio que servia para varias enfermedades y que de esa manera incitaban a la gente para que tomaran cerveza[34]".

De paseo el fin de semana, en los alrededores del Parque Nacional.

La proscripción de la chicha no sólo significó la desaparición de una entrada económica para muchas familias de la ciudad. Además, simbolizó el poder del Estado sobre lo "popular", sobre los hábitos y las costumbres de las personas. El discurso estatal sobre la tradicional bebida situó a la sociedad en un debate moral: la cerveza apareció, entonces, como "civilizadora" y "medicinal", frente a la chicha que parecía desencadenar la ignorancia entre las masas populares, transformándolas en una horda enloquecida, enchichada y peligrosa.

Si embargo, para los habitantes de la Perse la situación resulta algo contradictoria pues, desde su concepción, fue gracias a la empresa Bavaria que, en parte, se edificó el barrio, pero fue por su misma influencia que se prohibió la chicha. Tal vez por eso la Bavaria de los primeros años se relaciona más con Leo Kopp y su imagen de benefactor, que con la idea de la fábrica como empresa.

Junto a la prohibición de la chicha entra en juego otro elemento en la memoria de los habitantes de La Perseverencia y es la del resguardo, una fuerza coercitiva que encarnaba la represión del Estado contra la chicha como elemento de lo "popular".

"Cuando tenía 10 años me di cuenta que el resguardo llegaba a cerrar las tiendas y las señoras se ponían a pelear con ellos, entonces les rompían la loza y las tinajas y les regaban la chicha, multaban a la gente y, si alguien se ponía muy bravo, se lo llevaban al calabozo[35]*".*

"Las chicherías eran grandes casas, con patios Cuando el resguardo llegaba le regaban la chicha a todos lo chicheros. Cuando Bavaria montó la fábrica empezó a perseguir a los chicheros y con la policía empezó el resguardó[36]*".*

"El resguardo era una ley, cuando una persona vendía algún producto que no estaba en la lista, como aguardiente chiviado, chicha o cigarrillos, le sellaban el local y le decomisaban las cosas[37]*".*

[34] Entrevista a Luis García, habitante de La Perseverancia, 2006.
[35] Entrevista a Jorge Hernández Sánchez, habitante de La Perseverancia, 2006.
[36] Entrevista a José Roa, habitante de La Perseverancia, 2006.
[37] Entrevista a Salvador Guayacán, habitante de La Perseverancia, 2006.

Equipo de fútbol del barrio.

Es por ello que la represión de la chicha a mitad del siglo pasado, como elemento común, va también de la mano con las revueltas populares y el magnicidio de Jorge Eliécer Gaitán. También por eso las medidas tomadas por el gobierno son vistas como oposición a quienes habitaban conjuntamente el espacio barrial: a las señoras chicheras y a las tiendas y, al mismo tiempo, a los tiempos y espacios que se constituían en los lugares de socialización y ocio de la comunidad. Espacios, por demás, que si bien no eran vistos como perdidos, sí aparecían transformados: se iba la chicha del barrio debido a la ley, pero seguía allí, subterráneamente, ilegal junto a la cerveza, en los domingos de descanso y la cancha de baloncesto.

Sobre chichas, dichas e identidades

La guía o la supia es un componente derivado de la chicha que se utiliza para producir un nuevo fermento. Dependiendo de su calidad y de su gusto, el vino de maíz resultante tendrá un buen o mal sabor. No obstante, lo importante no es la capacidad que tiene para reproducir el efecto embriagador sino la capacidad de conservar la esencia de la chicha original, la capacidad de producir nuevas y distintas bebidas con un sabor similar.

De la misma manera, las construcciones simbólicas que están profundamente arraigadas en una comunidad y que se constituyen en códigos y representaciones sociales, permiten la reproducción y construcción de prácticas e imaginarios sobre sí misma, es decir, operan como componentes de su identidad individual y colectiva. Algunas tradiciones y costumbres ayudan a conformar y fortalecer la identidad de personas y grupos; éstas pueden variar desde recetas tradicionales de un tipo de sopa, arroz y otras comidas, hasta distintas formas de expresar una celebración determinada, como una fiesta o un carnaval. La Perseverancia representa, en este sentido, uno de los ejemplos más importantes de la ciudad en términos de conservación y reconstrucción de su patrimonio intangible.

Dejando la época de la prohibición de la chicha atrás, fue debido a los procesos de profundización de la democracia y, sobre todo, gracias a la instauración de la Constitución Política de Colombia en 1991 y a la proclamación de Colombia como pluriétnica y

multicultural, que desde varios rincones del país se iniciaron procesos de reconstrucción de la identidad[38]. Un poco antes, y precedente de alguna manera de los procesos políticos que vendrían después, varios jóvenes historiadores y habitantes se dieron a la tarea de investigar la historia del barrio desde mediados de 1987, aglutinados en la asociación "Los Vikingos". El resultado de dicha investigación fue la publicación de un libro y la constitución del "Primer Festival de la Chicha, El Maíz y la Dicha".

En la actualidad, los pobladores de La Perseverancia tienen como referencia a "Los Vikingos" cada vez que se habla del origen del festival:

> "*Esto se inició en 1988 por la asociación Los Vikingos en honor a los chicheros del barrio, comenzó con la investigación que se hizo para escribir un libro: La Perseverancia, un barrio con Historia*[39] *".*
>
> *"Esto se inició por una investigación de Los Vikingos, que querían escribir la historia del barrio y, entonces, se dieron cuenta de la importancia de la chicha por aquí*[40] *".*
>
> *"El grupo de Los Vikingos fueron los fundadores del festival de la chicha, por eso hay una placa en una casa de la calle principal del barrio*[41] *".*

En muy poco tiempo el festival se fue transformando en una tradición y es una muestra de la capacidad de los habitantes del barrio para organizarse y construir procesos comunitarios. Un ejemplo de ello es que, para escoger la fecha de celebración se realizaron reuniones y acuerdos entre los participantes.

La chicha, que había sido perseguida por el gobierno, tenía entonces un nuevo espacio para reivindicarse, dinámica que, en el fondo, revela la reivindicación de las tradiciones de los habitantes de La Perseverencia, la resignificación de lo popular y la resistencia simbólica frente a la hegemonía. En concreto, la exaltación de su identidad mediante un proceso de organización popular. Pero la chicha no vendría sola. Estaría acompañada por un discurso ideológico que le daría sustento: la referencia a los primeros pobladores de Bogotá.

> *"Para todos los festivales se hace el ritual muisca en Guatavita por lo de la leyenda, eso es muy bonito*[42] *".*

Agregar un sentido de pertenencia, conectando la chicha con la cultura muisca, representa un paso adelante hacia la construcción de una identidad barrial más sólida, en

[38] Cfr. PINEDA CAMACHO, Roberto. La Constitución del 91 y la perspectiva del multiculturalismo en Colombia. En: Revista Alteridades No. 7 Pág. 107- 129. Bogotá, 1997.
[39] Entrevista a Luís García, habitante de La Perseverancia, 2006.
[40] Entrevista a Olga Lucía Ortiz, guía ciudadana de Misión Bogotá, habitante de La Perseverancia, 2006.
[41] Entrevista a María Cristina Ortiz, habitante de La Perseverancia, 2006.
[42] Ibídem.

medio de una ciudad cada vez más grande, y significa ir más allá de la fundación y la historia del espacio, regida por una identidad obrera y popular. Significa, además, la creación de puentes entre el presente metropolitano y el pasado indígena como elemento para legitimar una tradición en construcción, en medio de un mundo globalizado.

"Creo que fue en el 96 cuando la gente fue uniformada de blanco y el ritual fue precioso y a nosotros nos fue muy bien, de pronto fue por eso[43]*".*

"Vamos a Guatavita y le pedimos al dios Fú que haga bueno el día de la venta y tengamos suerte[44]*".*

En octubre del 2006, el festival ya dejó de ser un proceso colectivo local para constituirse en un evento internacional. Durante el pasado "XII Festival Nacional e Internacional de la Chicha, el Maíz la Vida y la Dicha" se vendió no sólo la tradicional chicha del barrio; además, se ofrecieron 15 tipos distintos de chichas y de ingredientes tan diversos como maíz, arracacha, chontaduro, pata de res, cebada, auyama, durazno, yuca, siete granos, avena, cáscara de piña, manzana, arroz y zanahoria[45].

Festival internacional de la chicha, 2006.

Igualmente, el festival contó con la presencia del municipio de Choachí, la Gobernación del Valle y la República Bolivariana de Venezuela.

"La Alcaldía Local llamó a la Embajada de Venezuela y la invitó a participar. Allá tienen una chicha refrescante, en Venezuela no hay festival pero consumen chicha de arroz[46]*".*

Esta dinámica en parte tiene que ver con que, desde el año 2004, el festival fue declarado por el Concejo de Bogotá como evento de interés cultural[47], lo cual representa un triunfo colectivo para todos los bogotanos aunque, también, un desafío para los habitantes del barrio de La Perseverancia en cuanto lo consolida como una actividad importante para el conjunto de la ciudad.

[43] Ibídem.
[44] Entrevista a Blanca Ávila Castillo, habitante de La Perseverancia, 2006.
[45] Investigación realizada por un grupo de Guías Ciudadanos de Misión Bogotá, el 11 y 12 de noviembre de 2006, en el marco de la celebración del XII Festival de la Chicha. el Maíz y la Dicha.
[46] Entrevista a Gregorio Rodríguez, habitante de La Perseverancia, 2006.
[47] CONCEJO DE BOGOTÁ. Acuerdo Nº 121, del 24 de junio de 2004.

Algunas reflexiones finales

El barrio La Perseverancia de Bogotá representa uno de los pocos espacios barriales que ha construido, desde sus tradiciones populares, lugares de representación y símbolos concretos que lo hacen diferente a los demás territorios de la ciudad. La identidad del barrio se construyó a través del imaginario de lo popular, lo obrero y lo político; es decir, de la chicha, el tejo, el trabajo asalariado y el ser gaitanista[48].

Trabajo de campo de guías ciudadanos. Proyecto Misión Bogotá con la comunidad de La Perseverancia.

El Festival de la Chicha, el Maíz y la Dicha, representa el triunfo de la identidad y la resistencia simbólica por encima de las pretensiones colectivizantes disfrazadas de civilidad y salubridad. A través del discurso del festival, se ha conectado al barrio con los orígenes prehispánicos de la bebida. Tal vez por eso a la chicha la vemos como una reliquia viviente y, al festival, como una tradición antigua y no como una expresión relativamente reciente, lo que en parte muestra el poder transformador de los habitantes de la Perse y la capacidad de edificarse heterogéneos, conservando el espacio barrial como un lugar de encuentro.

En resumidas cuentas, les debemos a los pobladores de La Perseverancia de todos los tiempos, la posibilidad de degustar, oler y departir alrededor de una totuma, en medio de la gran urbe. Gracias a la resistencia simbólica de los habitantes de este popular barrio podemos caminar por sus calles acompañados por el etéreo aroma de la chicha en cualquier mes de octubre para vivir, desgranar, moler, celebrar y saborear uno de los patrimonios intangibles más importantes y significativos de la ciudad en pleno siglo XXI.

[48] No obstante, existen otros barrios en la capital que exhiben estas mismas características, aunque con rasgos diferenciales, en los cuales también se tomaba chicha y se seguía a Gaitán, como el barrio Las Cruces y Egipto, entre otros.

BIBLIOGRAFÍA

ALAPE, Arturo. *El Bogotazo: Memorias del olvido*. Editorial Planeta. Bogotá, 1983.

CONCEJO DE BOGOTÁ. Acuerdo No. 52 del 9 de septiembre de 1947, por el cual se dictan disposiciones sobre ubicación de fábricas y expendios de chichas en Bogotá.

CONCEJO DE BOGOTÁ. Acuerdo No. 121 del 24 de junio de 2004 por el cual se determina al Festival de la Chicha, el Maíz y la Dicha como actividad de interés cultural de Bogotá.

FRIEDE, Juan. *Fuentes documentales para la historia del Nuevo Reino de Granada*. Bogotá, 1975 -1976.

GIORGI, Rosa. *Diccionario de Arte, Santos*. Editorial Mondadori Electa. Milán, 2003.

Magazín Dominical. El Espectador, edición de mayo de 1985.

Magazín Horas, tiempo cultural. Octubre de 2004

Periódico El Espectador. Edición de abril 13 de 1948.

PINEDA CAMACHO, Roberto. *La Constitución del 91 y la perspectiva del multiculturalismo en Colombia*. En: Revista Alteridades, No.7. Bogotá 1997, pág. 107- 129.

Reconquista. Publicación del Instituto Jorge Eliécer Gaitán. Bogotá, abril de 1948.

TORRES, Martha y CHAPARRO, Jairo. *Por la calle 32, historia de un barrio*. Programa Libro Vía, Alcaldía Mayor de Bogotá. Bogotá, 1992.

TORRES CARRILLO, Alfonso. *Barrios Populares e Identidades Colectivas*. En: Revista Mar y Arena. Revista electrónica de la Facultad de Ciencias Sociales. Universidad Autónoma de Sinaloa Mazatlán, No. 9, Año 2. México, 2001.

ZAMBRANO, Fabio y CASTEBLANCO, Carolina. *Reconstrucción Histórica, Arquitectónica y Turística de la Localidad de Santafé*. Bogotá, 1999.